

Omar Barrientos Vargas

Omar Barrientos Vargas

UN ANDINO EN LA INDEPENDENCIA

CARACAS

Omar Barrientos Vargas

Omar Barrientos Vargas

UN ANDINO EN LA INDEPENDENCIA

Portada: Alex Casadiego

Ediciones del autor

Caracas, 2021

Un Andino en la Independencia

CONTENIDO

I.- BIENVENIDA A SAN ANTONIO AL BRIGADIER BOLÍVAR. “VENGO A LIBERAROS E IMPONER EL REINO DE LA JUSTICIA”	5
II.- MOVIMIENTOS COMUNEROS EN TODO EL CONTINENTE	9
III.- EN 1780 TUPAC AMARU II SE LEVANTA EN EL VIRREINATO DEL PERÚ	11
IV.- LOS COMUNEROS DE NUEVA GRANADA: ¡VIVA EL REY, MUERA EL MAL GOBIERNO! ¡NO QUEREMOS LOS IMPUESTOS!	16
V.- EN VENEZUELA, EL MOVIMIENTO COMUNERO COMENZÓ EN SAN ANTONIO, VIA HACIA CARACAS, PERO SOLO LLEGÓ HASTA MÉRIDA	22
VI.- GARCÍA DE HEVIA, CAPITÁN COMUNERO. FRACASO DEL MOVIMIENTO. CASTIGO Y POSTERIOR PERDÓN.....	27
VII.- UN PEÓN SANANTONIENSE TRAS LAS FUERZAS PATRIOTAS	32
VIII.- EL BRIGADIER BOLÍVAR TIENE PERMISO, SOLO HASTA TRUJILLO, PERO AVANZA HASTA CARACAS. 36	
IX.- LA PAREJA SANANTONIENSE EN EL EJÉRCITO PATRIOTA. SOLO Y ENFERMO EN CAPACHO.....	41
X.- REGRESO A SAN ANTONIO. CAFECITO EN RUBIO..	47

XI.- DEFENSA DE SAN ANTONIO. TRIUNFO REALISTA. ESCAPE MILAGROSO. MUERTE DEL CAPITÁN REDONDO.....	50
XII.- EN CASA DE NUEVO. GUERRILLA PATRIOTA. COMBATES. DELACIÓN Y PERSECUSIÓN	59
XIII.- EN FUGA. MUERTE DE SU MADRE. TRAS EL EJERCITO PATRIOTA. RUBIO, SAN CRISTÓBAL, LA GRITA.....	68
XIV.- LLUVIA, FRIO Y BARRIALES POR EL CAMINO. LA GRITA FLORECE. ROSA SE QUEDA.	75
XV.- SOLA EN LA GRITA, INDEPENDENCIA PARA LOS CRIOLLOS UNICAMENTE.	78
XVI.- EN MÉRIDA. COMBATES EN ESTANQUE Y MUCUCHIES.....	82
XVII.- EL LLANO	88
XVIII.- EN LA GRITA. ENCUENTRO CON SU FAMILIA. SALIDA INTEMPESTIVA.	94

Omar Barrientos Vargas

I.- BIENVENIDA A SAN ANTONIO AL BRIGADIER BOLÍVAR. “VENGO A LIBERAROS E IMPONER EL REINO DE LA JUSTICIA”.

Unos en las bestias. Otros. La mayoría a pie, pero todos en carrera, en desbandada, cruzaban a nado o cómo podían el río Táchira, algunos conservaban sus armas, fusiles, lanzas y machetes.

En su mayoría estaban descamisados, aun cuando algunos portaban los uniformes del ejército imperial de su majestad, el rey de España y a lo mejor de estas tierras.



Rio Táchira

Cruzaban el río y trataban de internarse entre las breñas y selvas circundantes.

Los combates en Cúcuta y escaramuzas en otros puntos, marcaron la derrota y huida consiguiente. Debían ocultarse, salvarse, evitar la persecución, el

Omar Barrientos Vargas

ejército patriota dirigido por el comandante en jefe del ejército combinado de Cartagena y la Unión Neogranadina, brigadier Simón Bolívar, los había arrollado.

Desde Ocaña salieron las tropas revolucionarias, venciendo en La Aguada al general español Ramón Correa, en la batalla de Cúcuta, causandole numerosas bajas entre muertos heridos y prisioneros.



Unos días después, las fuerzas patriotas, llegaron a San Antonio del Táchira, fundado con el nombre de San Antonio de Padua, aun cuando desde un primer momento todos los vecinos les llamaron con el primer nombre, popularizándolo así.

Los sanantonienses les daban la bienvenida en concentraciones, donde los gritos de vivas, daban paso a las consignas patrióticas.



El 1 de marzo de 1813, llegó triunfal Simón Bolívar y en la plaza mayor de la villa les dijo a sus habitantes:

- “Yo soy uno de vuestros hermanos de Caracas que arrancado prodigiosamente por el Dios de la misericordia de manos de los tiranos que agobian a Venezuela, nuestra patria, ha venido a redimiros del cautiverio (...) a través de la libertad, las independencia y el reino de la justicia (...) Vosotros tenéis la dicha de ser los primeros que levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os abrumaba con mayor crueldad, porque defendisteis en vuestros propios hogares, vuestros sagrados derechos”.
- “En este día ha resucitado la república de Venezuela, tomando el primer aliento en la patriótica y valiosa villa de San Antonio,

Omar Barrientos Vargas

primera en respirar la libertad como lo es en el orden de nuestro sagrado territorio”.

Allí emocionado, insuflado su valor patriótico por estas palabras se encontraba el joven Emeterio, peón de una hacienda vecina, quien en medio de la celebración, atraído por los cohetes y fuegos artificiales, se había acercado a la villa a percatarse por cuenta propia de los acontecimientos y el motivo de la celebración.

Posteriormente, o mejor a continuación el brigadier Simón Bolívar lanzó otra proclama, esta vez dirigida a las tropas:

- “Hoy ha resucitado la república de Venezuela, tomando el primer aliento en este patriótico y valerosa ville.
- En menos de dos meses han completado dos campañas y empezado una tercera, que comienza aquí y que terminará en la tierra donde he nacido (...).
- La América entera espera la libertad y salvación, de vosotros impertérritos soldados de Cartagena y la Unión, ¡Corred a colmaros de gloria, adquiriendo el sublime nombre de libertadores de Venezuela”.

De manera confusa, alguna información corría de boca en bocas en la hacienda; se comentaba en el

Omar Barrientos Vargas

predio donde vivía y trabajaba, de la llegada de unos soldados patriotas dispuestos a liberar del yugo español a sanantonienses y demás poblaciones y pobladores venezolanos.

Estaban armados y triunfantes y no como los comuneros venidos varias décadas atrás, quienes alebrestaron a la población y la invitaron a alzarse, como en efecto ocurrió.

Declarado San Antonio comunero, se dirigieron hacia Caracas, pasando triunfantes, en un avance sostenido y apoyado por la gente, de San Cristóbal, La Grita y Mérida.

Siendo interceptados, dispersados y vencidos por los españoles, ante la amenaza de emplear al ejército colonial contra los comuneros, impidiéndoles continuar, siquiera arribar a Trujillo.

II.- MOVIMIENTOS COMUNEROS EN TODO EL CONTINENTE

El movimiento comunero recorrió gran parte de Sur América, siendo en el Virreinato del Perú donde se inició, extendiéndose al Virreinato de Nueva Granada y a la región andina de la Capitanía General de Venezuela.

Omar Barrientos Vargas

El Rey Carlos III, pensando en una forma fácil de aumentar los ingresos de la Corona española, dictó un conjunto de disposiciones a ser acatadas por todas sus colonias en América, sin importarle la afectación grave de todos los vecinos de estas tierras, en especial a los más humildes, aun cuando a los grandes también.



Carlos III

La gente protestaba y pedía la anulación de esas nuevas medidas fiscales de cobros abusivos de impuestos, la instauración del régimen de estancos para el tabaco y el aguardiente y las arbitrariedades de los funcionarios de la Real Hacienda al aplicarlas.

La comercialización y venta del tabaco, el aguardiente Y el azúcar estaba reservada al Estado Colonial, avalada por el Intendente Real, quien la autorizaba o negaba.

La fiscalización, destrucción de siembras, decomisos o embargos de bienes e incluso la prisión de

productores o comerciantes eran de libre arbitrio de los intendentes.

La rebelión de los comuneros tuvo el apoyo y la participación de todas las clases sociales, pero la desarrollaron los sectores más bajos de la población: agricultores menores, labradores, artesanos e indios, contando con la participación de las mujeres, especialmente las dedicadas a producir tabaco.

Contra el movimiento comunero participaron las autoridades coloniales españolas, grandes propietarios: hacendados, comerciantes y la jerarquía de la Iglesia Católica.

III.- EN 1780 TUPAC AMARU II SE LEVANTA EN EL VIRREINATO DEL PERÚ

La afectación de los diversos grupos sociales, los unió en el deseo de lograr cambiar la inequidad existente. En el Virreinato del Perú, José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amarú II, encabezó el movimiento contra el cobro de impuestos abusivos, la explotación y el trato infame de los indígenas.

En 1780, y por casi tres años la insurrección de se mantuvo; incluso después de la muerte del Inca.

Omar Barrientos Vargas

Combatieron a los colonizadores españoles, diversas comunidades aborígenes, algunos blancos criollos, varios curas, mestizos y negros.

El alzamiento comenzó con el apresamiento de corregidor español de Canas y Canchis, Antonio Arriaga, a quien obligaron a firmar una petición por 22 mil pesos, varias barras de oro y plata, 33 mosquetes, pólvora, munición y mulas.



José Gabriel Condorcanque –Túpac Amaru II, dirigió el movimiento contra los excesivos impuestos y abusos de los colonialistas en el virreinato del Perú

Obtenido estos recursos, Condorcanque los usó para la revolución.

Tras un juicio en la plaza de Tungasuca, el corregidor fue ahorcado el 10 de noviembre de 1780.

Condorcancanque, denominado Tupac Amarú II por ser descendiente directo del Inca, rey de los indios fue proclamado por sus seguidores.

Omar Barrientos Vargas

Cientos de miles de indígenas, mestizos, algunos blancos criollos y sacerdotes de las aldeas indígenas, acompañaron el movimiento del Inca.

El 18 de noviembre de 1780, en una batalla contra los colonialistas logró triunfar sobre un ejército de 1.500 soldados, hasta llegar y sitiar al Cuzco, el cual con facilidad pudo tomar, pero no lo hizo.

Prefirió dirigirse a otras regiones para levantar pueblos indígenas y engrosar su ejército.

Unas semanas después, volvió a sitiar al Cuzco, en diciembre de 1780 y enero del 81. Los españoles reforzados por nuevas tropas, armas, pertrechos y provisiones y con un ejército de 17 mil hombres, enfrentaron a los mal armados e indisciplinados 10 mil indígenas y en varios combates los derrotaron.

La defensa del Cuzco y la contraofensiva fue encabezada por el visitador José Antonio Areche, segundo en el mando, después del virrey, quien se encontraba en Cartagena.

Por la traición y delación de Francisco Santa Cruz, fue apresado, junto a su familia el jefe de la insurrección Túpac Amaru II.

Omar Barrientos Vargas

En prisión interrogado por el jefe español, el visitador Areche, sobre sus colaboradores y principales jefes de la revuelta, el Inca le responde:

- Los únicos conspiradores somos vos y yo.
- Vos como opresor del pueblo y yo por haber tratado de librarlo de la tiranía.

El visitador español convencido de la imposibilidad de arrancarle alguna respuesta, decidió matarlo, previo sometimiento a un improvisado tribunal.

Fue sentenciado a muerte el 15 de mayo de 1781, junto a su familia.

Tres días después la ejecutaron. Al clarear la mañana, antes de ajusticiarlo, lo llevaron a presenciar el sacrificio de varios de sus colaboradores, líderes insurrectos y de su familia: su mujer Micaela Bastidas y su hijo Fernando.

Después le llegó el turno: le cortaron la lengua y le amarraron un caballo a cada uno de sus miembros para descuartizarlo. Luego de varios intentos infructuosos, lo decapitaron y lo hicieron cuartos.

Antes de morir y de arrancarle la lengua dijo:
“Volveré hecho millones...”



Intento de desmembrar a Túpac Amaru II

Sus miembros fueron enviados y exhibidos a diferentes lugares para sembrar el terror y demostrar la justicia de la Corona española.

La cabeza del inca, expuesta en la plaza de Cuzco, donde lo habían asesinado y desmembrado, contrariamente a lo pensado por las autoridades coloniales, fue objeto de culto por parte de los indígenas, quienes por las noches se acercaban para adorarle.

La rebelión con menos fuerza continuó dirigida por sus familiares Túpac Katari y Diego Túpac Amaru, desde el Alto Perú, perteneciente al Virreinato de Buenos Aires.

Túpac Katari sitió La Paz durante seis meses, con 40 mil hombres armados muy primitivamente y peor organizados. En los enfrentamientos durante el sitio los comuneros tuvieron entre 15 y 20 mil muertos.

Túpac Katari capturado y ejecutado en noviembre de 1781, antes de ser asesinado dijo:

- *“Hermanos, yo muero, pero un día volverán miles y miles de mis hermanos, como las semillas de la quinua”.*

Diego Cristóbal Túpac siguió con la insurrección, pero también fue capturado y asesinado el 15 de marzo de 1783. Le arrancaron su carne con una tenaza al rojo vivo.

Con estas muertes y una gran represión, la rebelión se fue extinguiendo.

IV.- LOS COMUNEROS DE NUEVA GRANADA: ¡VIVA EL REY, MUERA EL MAL GOBIERNO! ¡NO QUEREMOS LOS IMPUESTOS!

Casi simultáneamente, en la Nueva Granada, seguramente, en línea con Túpac Amarú II, una poblada en el centro de El Socorro, ubicado en el ahora departamento de Norte de Santander, Colombia, depuso a las autoridades españolas de la localidad.

Ese 16 de marzo de 1781, Manuela Beltrán, en medio de la multitud, arrancó de una pared de la alcaldía el Edicto Real, donde se establecían las medidas económicas antipopulares de Carlos III, extraídas de sus Reformas Borbónicas, dando inicio al movimiento comunero.

Al grito de “¡Viva el rey, muera el mal gobierno!, “¡No queremos los impuestos!” los comuneros se amotinaron, contra las autoridades locales.



Manuela Beltrán arranca el Edicto Real en El Socorro, iniciando el movimiento comunero neogranadino.

Destituidas las autoridades coloniales y designados comuneros en su reemplazo, otras poblaciones siguieron el ejemplo y como reguero de pólvora se extendió el movimiento por diversas regiones del Virreinato de la Nueva Granada.

La revuelta contó desde el principio con la participación del pueblo pobre y muchas mujeres. Los tumultos y recorridos fueron dirigidos por comerciantes, carniceros, pequeños y medianos agricultores.

Por supuesto, los indígenas participaron y el cacique Ambrosio Pisco asumió parte de la

conducción del movimiento.

Los aborígenes exigieron la devolución de sus tierras, despojadas por las autoridades coloniales españolas.

La gente escogió al líder de El Socorro, Juan Francisco Bermeo como comandante general de los insurrectos, quien presidió la recién constituida Junta Común, integrada también por Salvador Plata, Francisco Rosillo y Antonio Monsalve.



Juan F. Bermeo

4 mil hombres marcharon desde El Socorro hacia Santa Fe de Bogotá, y a medida que pasaban por otros pueblos y ciudades se les sumaban personas, hasta reunirse unos 20 mil marchantes.

Muy cerca de Bogotá, a mediados de mayo de 1781, el arzobispo Caballero y Góngora, entabló negociaciones con los comuneros y aceptó un pliego de arreglos, donde se reconocían como

Omar Barrientos Vargas

legítimas todas las peticiones, conocido como “Capitulaciones de Zipaquirá”.

Las clausulas más importantes establecían:

- Derogación o disminución de los impuestos no consultados con la población.
- Eliminación del tributo a Armada de Barlovento, que imponía el pago de impuestos por la venta de productos.
- Disminución de las tarifas de los impuestos al tabaco y aguardiente.
- Devolución de varios resguardos y minas de sal a los indígenas, reducción de sus tarifas y derogación del diezmo.
- Devolución de algunos cargos públicos a blancos criollos desplazados por españoles.
- Eliminación del porcentaje de tributos pagados por los negros libertos.

Este documento fue firmado por el oidor Vazco y Vargas y el alcalde Eustaquio Galavis, en representación de las altas autoridades coloniales y por los comuneros Juan Francisco Bermeo y los demás integrantes de la Junta Común.

Después de una misa solemne, oficiada por el arzobispo Caballero y Góngora, los comuneros fueron exhortados a regresar a sus casas de manera reiterativa.

Entretanto las tropas enviadas por el virrey Manuel Antonio Flores Maldonado, desde Cartagena de Indias, reforzaron Santa Fe.

Una vez dispersados los comuneros y llegadas las tropas de refuerzo, el documento fue desconocido por las autoridades de Santa Fe y la máxima autoridad colonial de la Nueva Granada, el virrey.

Los comuneros previamente engañados con la firma de la capitulación, se habían dispersado y regresados a sus hogares.

Este documento o Capitulaciones de Zipaquirá, además de desconocerlo, el virrey de la Nueva Granada, dictó medidas para detener, enjuiciar y encarcelar a los dirigentes del movimiento, considerado subversivo.

En junio de ese mismo año se producen nuevos alzamientos, esta vez en Pasto, donde dieron muerte al teniente de gobernación de Popayán, don José Ignacio Paredo. También en Neiva, Guararé, Tumaco, Hato de Lereus y Casanare; igualmente en Antioquia, Sopetrán, Sacaojal, y Río Negro.

El labrador José Antonio Galán, como líder comunero levanta pueblos, decreta la libertad de los esclavos, reparte tierras y designa autoridades

Omar Barrientos Vargas

comuneras, en las zonas aledañas al río Magdalena e incita y crea sublevaciones de indígenas y negros esclavos, algunos de los cuales, desconociendo la muerte del inca Túpac Amaru, lo proclaman como rey de todo el continente.



José A. Galán

El traidor, capitán comunero Salvador Plaza, sumado a la represión contra sus antiguos compañeros, apresa a su comandante en jefe, José Antonio Galán y lo entrega a las autoridades virreinales.

Conducido a Santa fe, Galán, junto a los dirigentes del movimiento Isidro Molina, Lorenzo Alcantuz y Manuel Ortiz es sometido a un juicio, ordenándose su muerte y la de sus compañeros, hecho ocurrido el 1 febrero de 1782.

Fuero mutilados de pies manos y cabeza y exhibidas en las principales zonas donde habían actuado. Sus descendientes declarados “infames”, sus bienes confiscados, sus casas destruidas y regadas con sal.

Varios líderes y `participantes de la revuelta comunera, fueron condenados a recibir 200 latigazos y sometidos a vergüenza pública; otros a cumplir prisión en África; el cacique Ambrosio Pisco encarcelado; muchos campesinos extrañados a Panamá, donde las enfermedades tropicales, en especial el paludismo, los eliminaron. Los comuneros más ricos, sufrieron menos al ser enviados a prisión a Cartagena.

En julio de 1782 Su Majestad el Rey designa a Caballero y Góngora virrey de la Nueva Granada en sustitución de su titular Manuel A. Flores M. El mes siguiente, el 7 de agosto, buscando apaciguar los ánimos y obtener una paz prolongada el nuevo virrey perdonó a los condenados a prisión.

V.- EN VENEZUELA, EL MOVIMIENTO COMUNERO COMENZÓ EN SAN ANTONIO, VIA HACIA CARACAS, PERO SOLO LLEGÓ HASTA MÉRIDA

En Venezuela, el movimiento de los comuneros se inició en 1781, en San Antonio del Táchira al ingresar las ideas y propuestas hechas por los comuneros de la Nueva Granada para enfrentar en la región andina y en fin en toda la Capitanía General de Venezuela, las medidas impositivas de la

Omar Barrientos Vargas

Corona y los abusos cometidos por los funcionarios coloniales al aplicar e interpretar las disposiciones emanadas del rey español, Carlos III, en la llamadas reformas borbónicas.

Desde El Socorro ingresaron a Venezuela, varios rebeldes comuneros, trasmitiendo a los locales sus ideas y objetivos en la lucha.

Desde marzo de ese año, en San Antonio, San Cristóbal y la Grita, circularon pasquines incitando a alzarse y seguir los pasos dados por los comuneros en Nueva Granada; los panfletos también, amenazaban a los funcionarios coloniales y llamaban a la población a sumarse a la lucha. En uno de ellos, se leía:

- Los principales vecinos de estos lugares del reino, cansados de sufrir las continuas presiones con este mal gobierno de España que nos oprime, con la esperanza de ir a perseguir noticia: hemos resuelto sacudir tan pesado yugo y seguir otro partido para vivir con alivio.

El 30 de junio de 1781, se reunieron en una hacienda cercana al río Táchira representantes de San Antonio y rebeldes comuneros de las villas de Pamplona y Cúcuta, coincidiendo en los objetivos a

Omar Barrientos Vargas

lograr, emprendieron acciones en el territorio venezolano para lograr sus nobles aspiraciones.

En la villa de San Antonio, su alcalde, Pedro Díaz Aranda se convirtió en el principal líder comunero con el respaldo del ayuntamiento.

Con manifestaciones y acciones de calle se desarrolló el movimiento comunero en San Antonio; a instancias de Luis Gutiérrez, las sanatonienses Bernardina Alarcón, Salvadora Chacón, Ignacia Chacón y Antonia González, tomaron el estanco de tabaco y distribuyeron el tabaco al pueblo.

En la plaza mayor fueron leídas las capitulaciones de Zipaquirá, donde las autoridades de la Nueva Granada, habían reconocido las legítimas peticiones de los comuneros, aun cuando después las desconocieran.

En ese mismo acto, colocaron un pendón blanco y rojo, por debajo del cual pasaron los nuevos comuneros insurrectos de San Antonio; mientras otros colocaban una horca en señal de castigo para quienes se opusieran.

De inmediato los comuneros se pusieron en camino hacia San Cristóbal, pasando previamente por

Omar Barrientos Vargas

Rubio y Capacho, contando con el apoyo de sus habitantes, sumándose al movimiento.

En San Cristóbal con el apoyo del Ayuntamiento, destituyen y nombran un nuevo administrador de la Real Hacienda, designan los capitanes de las milicias, eliminan los impuestos exagerados y los estancos del tabaco y el aguardiente.



También se adhieren a las capitulaciones de Zipaquirá, las cuales leen y solicitan pasar por debajo de un estandarte a los partidarios del movimiento, al mismo tiempo, en señal de poder y justicia, instalan un patíbulo.

La avalancha comunera de San Antonio y San Cristóbal llegan el 8 de julio a Lobatera. La encuentra ya alzada. Han destituido a las autoridades coloniales y designaron entre los

locales, una administración integrada por labradores.

Días atrás, el 14 de junio de 1781, durante las solemnidades de corpus chisti, la parroquia Lobatera se había adherido a los comuneros. Derramaron el aguardiente del estanco y apoyados por el alcalde pedanco, Cristóbal Mora, designaron capitán a José Escalante y a Juan Tomás Vivas; capitán de pardos a Juan Esteves Merchán; capitán de comuna a Pablo Chacón y a Marcelo Vivas y procurador a Bernardino Escalante.

El movimiento en Lobatera lo encabezó Joaquín Yáñez y tal como en San Antonio, leyeron las capitulaciones de Zipaquirá e hicieron pasar por debajo de una bandera a los adherentes a la subversión, colocando luego una horca como símbolo de su poder.

Los comuneros de San Antonio del Táchira y Lobatera avanzaron hacia La Grita y Mérida, designaron varias nuevas autoridades, recibiendo el respaldo de los ayuntamientos; siempre obteniendo gran apoyo con la incorporación de contingentes de adeptos, a su paso por las distintas poblaciones.

VI.- GARCÍA DE HEVIA, CAPITÁN COMUNERO. FRACASO DEL MOVIMIENTO. CASTIGO Y POSTERIOR PERDÓN

El 11 de julio, en La Grita destituyen al administrador de la Real Hacienda don José Trinidad Noguera, toman el dinero depositado en las arcas reales, reparten el tabaco entre la gente y detienen a quienes se oponen al levantamiento comunero.



Juan José García de Hevia, quien dirigió el movimiento es designado como primera autoridad de La Grita y capitán general de todo el movimiento.

García de Hevia, había sido capitán de la milicia real y era hacendado del tabaco, cacao y trigo y como capitán general de los comuneros, asumió para sí la consigna comunera de *“Viva el Rey, muera el mal gobierno”*.

Omar Barrientos Vargas

El capitán García de Hevia, investido como máximo jefe comunero, a la encabeza del movimiento marcha hacia Mérida, en vía a Caracas, a donde pensaban llegar para cambiar las autoridades y eliminar las cargas impositivas en toda Venezuela.

Pasaron por Estanques, Lagunillas, Ejido, Mérida y Timotes, encontrando siempre apoyo y sumando nuevas fuerzas.

Por su parte, de manera confidencial, los gritenses Vicente Aguiar y Dionisio Contreras en correspondencia enviada al comerciante inglés Luis Vidalle, le solicitaron comprar armas y municiones hasta por 222.080 pesos.

También le pidieron interceder para logra del gobierno de Gran Bretaña, el envío de oficiales e ingenieros de alto rango para entrenar milicias.

En su avance, los comuneros, con 600 hombres armados de escopetas, lanzas, sables, machetes y garrotes se dirigieron a Mérida, recibiendo una gran bienvenida por una multitud de 1500 merideños dirigidos por Tomás de Contreras. Entre vítores y aclamaciones, leyeron, las famosas capitulaciones de Zipaquirá, levantaron horca y designaron nuevas autoridades.

Omar Barrientos Vargas

Las autoridades recién designadas, dejaron sin efecto los aumentos de los impuestos y demás órdenes de la Intendencia de la Real Hacienda; derogaron la disposición del estanco del tabaco y el aguardiente, decretando su libre destilación; suprimieron el derecho a dulce y el impuesto al azúcar.

A los funcionarios de la Real Hacienda, les dictaron medidas de privación de libertad, incluyendo a su titular don José Cornelio de la Cueva y procedieron a incautar el dinero, el papel sellado y las barajas depositadas en las arcas reales.

En Timotes enviaron correspondencia al Ayuntamiento de Trujillo contando los éxitos logrados y beneficios de lo escrito en las capitulaciones de Zipaquirá, llamándolos a sumarse al movimiento comunero.

Los mantuanos de Trujillo desde la Mesa de Esnujaque intercambiaron mensajes con los comuneros para ganar tiempo, mientras llegaban los refuerzos militares solicitados al gobernador de Maracaibo, Manuel Ayala y el Capitán General de Venezuela, Unza y Amezna.

Al intentar dirigirse a Trujillo, la oposición de los terratenientes de la zona, del cabildo trujillano y de las tropas coloniales, enviadas desde Caracas,

Maracaibo, Valencia y otras regiones, frustraron sus planes.

La idea era llegar a Trujillo, para continuar por las demás poblaciones en ruta hacia Caracas e ir cambiando los gobernantes locales y lograr el apoyo de los ayuntamientos, como venía ocurriendo, pero ante la decidida y fuerte amenaza se refugiaron en Mérida.

Los ayuntamientos de San Cristóbal y San Antonio y la gente de Mérida, juraron su obediencia al Rey y aceptaron el ofrecimiento del gobernador de la provincia de Maracaibo., de oír las propuestas de los comuneros e interceder a favor de quienes abandonarán la revuelta.

Los merideños permitieron la entrada de las fuerzas coloniales, las cuales impusieron su orden nuevamente.

Por considerar la rebelión comunera como “delito de suma gravedad”, el 20 de enero de 1782, iniciaron juicios contra 69. A todos ellos, entre hacendados ricos, agricultores pobres, modestos jornaleros, pulperos y letrados rurales, los condenaron a prisión y de embargo de sus bienes..

El 6 de noviembre, previo perdón fueron excarcelados varios de los comuneros, quedando

Omar Barrientos Vargas

exceptuados del perdón Juan José García de Hevia, Silvestre Carnero, José Joaquín Medina, Joaquín Yáñez Caballero y Miguel Suárez.

El gobernador de Guayana le planteo al Capitán General la perspectiva de los comuneros de extender su movimiento hasta el Alto Orinoco y la existencia de 20 pequeñas embarcaciones inglesa para ayudarlos, a punto de ser enviadas a Río Negro.

Las autoridades coloniales detuvieron a diferentes personas sospechosas; pero tan solo eso pasó.

El 10 de agosto de 1783, Su Majestad, el Rey Carlos III, dictó indulto para todos los implicados sin establecer excepciones; en consecuencia todos quedaron absueltos y algunos después de salir en libertad, lograron rescatar parte de sus bienes ya incautados.

En oposición a la acción comunera estuvieron, además de las autoridades de la Capitanía General de Venezuela, los grandes hacendados, comerciantes y la jerarquía eclesiástica:

- “A todos los curas, vicarios y prelados de la religión que hay en Mérida que en confesiones, pulpito y conversaciones públicas o privadas, instruyan al pueblo

Omar Barrientos Vargas

exhortándolo y amonestándole a la obediencia que deben a su Rey y Señor”.

Carta de Manuel Ayala al Intendente, José Ábalos el 7 de julio de 1781.

VII.- UN PEÓN SANANTONÍENSE TRAS LAS FUERZAS PATRIOTAS

Emeterio, un mestizo, cuyos recuerdos sobre sus antepasados blancos como indios estaban perdidos en el desconocimiento de sus orígenes, vivía con su madre en un rancho en la hacienda de don Marcos Manchego. Allí había crecido y comenzado a trabajar desde niño, como todos los demás de ese o cualquier otro predio.

Cuando, llamaron a los presentes a ingresar a las filas del ejército libertador, lleno de ilusiones y fervor patrio, de inmediato lo decidió, se iría con ellos, pero antes, pasaría por su casa. Debía recoger algunas cosas y despedirse de sus amores: su madre y su novia.

En una larga caminata regresó a la hacienda. Se dirigió directamente al rancho, tomó su chinchorro, su ruana, machete y lanza y le manifestó a su madre su decisión. Sería parte del ejército libertador. Echarían definitivamente a los

Omar Barrientos Vargas

colonialistas españoles y quizás llegara a ser un oficial o a lo mejor un jefe patriota.

Ella, la señora Carmen, le oyó sin interrumpirle, pero quiso convencerle de lo contrario, con un:

- “Mijitico quédese, la guerra es algo muy delicado y le puede suceder algo malo.
- Haga como sus otros hermanos, se han convertido en hombres de bien, se han unido con buenas muchachas y me han convertido en nona”.

Pero cuando él se hincó para pedirle la bendición, al momento de bendecirlo, le deseó buen viaje, buena suerte y tener mucho cuidado, le entregó algunas monedas extraídas de una ollita de barro, colocada en una repisa encima del fogón.

Muy pensativo salió, pero dispuesto a enrolarse en el ejército de Bolívar, nada, ni nadie le cambiaría su decisión y se hizo la promesa de cuidarse mucho y regresar algún día.

También se fue a despedir de su novia, una adolescente de 16 años. Cuando le informaba de su marcha inmediata, fue sorprendido por

- Yo me voy con vusted.

Omar Barrientos Vargas

Emeterio pensativo y sorprendido no opuso resistencia y esperó a la recogida de algunas cosas de ella para el camino.

La madre de la muchacha no hizo preguntas, cuando la joven le dijo: “Me voy con Emeterio”. Ella recordó años atrás, cuando se fue a vivir con el padre de Rosa, sin imaginar el camino escogido por los muchachos.

Ya habían pasado muchos años, de ese hecho.

Heráclito la vino a buscar para vivir juntos, en el rancho que construía en Rubio, en los terrenos de don Juancho, en cuya hacienda trabajaba cultivando caña.

Esa lluviosa mañana venía en un burro, entre barriales y la selva de la montaña. Ella junto a otras mujeres, preparaba el desayuno para los obreros, quienes desde la madrugada paleaban la tierra, sin hacer mayor caso a la pertinaz garúa.

Dejó el oficio apenas lo vio llegar. Venía a cumplir la promesa hecha días atrás. Descolgó su hamaca, recogió la mochila con su ropa y algunos implementos del hogar, previamente recolectados y enmochilados.

Omar Barrientos Vargas

Él bajó de la bestia y ella se montó. Partieron y luego de pasar diversos caños y entre lodazales llegaron.

Todo estaba por hacer y con mucho esfuerzo y empeño convirtieron la construcción, primero en un rancho habitable y luego en todo un hogar, muy pobre, pero un hogar.

Justamente, a los nueve meses tuvo su primer hijo, luego casi religiosamente, cada año, paría, hasta llegar a tener cuatro varones y tres hembras.

Mucho trabajo y sacrificios debieron pasar, pero estaban acostumbrados a laborar, todos los días, desde el amanecer hasta la despedida del sol, lloviera o no.

En medio de la pobreza, pero con mucho ahínco, habíanse desarrollado y crecido los hijos.

Todos habían enrumbado su propia vida, tenían sus familias, se partían el lomo trabajando; habían vivido y vivían siempre cerca de ella. Rosa no podía ser una excepción, se trataba de su último retoño y deseaba su proximidad.

Tomaba una decisión sin consultarle como en otras oportunidades, pero era una decisión de mujer completa y si ese era su destino, que se le podía

hacer. Ojalá le vaya bien con ese marido, este muchacho llamado Emeterio.

Ella le conocía desde pequeño, era muy trabajador, respetuoso con los mayores; se llevaba bien con los otros chicos y no le conocía vicios.

VIII.- EL BRIGADIER BOLÍVAR TIENE PERMISO, SOLO HASTA TRUJILLO, PERO AVANZA HASTA CARACAS

La fuerza patriota había comenzado su campaña con 400 soldados, pero después de la batalla de Cúcuta y su ingreso a territorio venezolano, incrementó con rapidez su personal, unos reclutados y otros, la inmensa mayoría voluntariamente. Cada día llegaban nuevos reclutas, quienes eran incorporados de inmediato a los contingentes.

Así con un ejército mixto de veteranos combatientes y sanantonienses bisoños, Bolívar de inmediato ordenó la marcha.

El ejército patriota, dirigido por el brigadier Simón Bolívar, tenía en su estado mayor la vanguardia, comandada por Atanasio Girardot; la retaguardia, dirigida por José Félix Ribas y la artillería conducida por Rafael Urdaneta.

Bolívar en reunión con el estado mayor del ejército patriota, les explicó su plan, basado en la sorpresa y el golpe de mano inmediato. Había que batir a las fuerzas realistas por separado, con gran rapidez y evitar sus posibilidades de concentración.

Además, era necesario, muy necesario conseguir recursos para alimentar, y pagar a la tropa, y en estas zonas su consecución era muy difícil por la carencia de recursos, casi imposible.

Pensaba enviar a Ribas, al mando de su columna vía San Cristóbal, selva de San Camilo hasta Barinas, donde se podrían aprovisionar con reses y dinero para continuar la campaña y que tanta falta les hacía, para luego reunir el ejército en Guanare o Araure.



Bolívar en San Cristóbal (Vitrail en la Catedral)

Por su parte, el brigadier Bolívar se dirigiría con sus tropas vía San Cristóbal, La Grita, Mérida y Trujillo, pero ante la oposición de Manuel Castillo y Francisco de Paula Santander, por tener tan solo una fuerza de 600 combatientes, un alto porcentaje bisoños, recién incorporados y luego de consultar con el gobierno de la Nueva Granada, solo obtuvo permiso para llegar hasta Trujillo.



Rafael Urdaneta, José F. Ribas y Atanasio Girardot

Entonces, Bolívar cambió los planes y envió al coronel José Félix Ribas a San Cristóbal, quien la ocupa sin mayores inconvenientes y traza una nueva ruta para el ejército patriota.

Todas las tropas en diferentes tiempos siguen la vía San Cristóbal, La Grita y Mérida.

Al ingresar a San Cristóbal, el 16 de mayo de 1813 las fuerzas patriotas y su comandante el brigadier Simón Bolívar son recibidos con grandes honores.

Bolívar subió por la cuesta de Filisco y se hospedó

Omar Barrientos Vargas

en la casa de la patriota María del Carmen Ramírez de Briceño, cerca de la catedral de la ciudad. Sus tropas se alojaron en ese sector igualmente.

El niño Anacleto Bautista, peón de una hacienda de Tononó, ayudó con el equipaje de Bolívar y después lo acompañó hasta Tovar.

Al día siguiente, al mando del cuerpo principal del ejército llegó Bolívar a La Grita el 17 de mayo y el 19 continuó hacia Mérida, ciudad a la cual arribó cuatro días después, reuniéndose con la vanguardia de su ejército.



El Mérida, los revolucionarios reciben una calurosa bienvenida, la cual se transforma en importante ayuda en personal, sus fuerzas militares se ven aumentadas en quinientos hombres. También, obtienen suministros materiales de diversa índole, como cañones, ollas, pólvora y les entregan una cantidad de dinero, treinta pesos de oro.

Omar Barrientos Vargas

El brigadier Simón Bolívar contento y sorprendido por el cálido recibimiento les dice:

- “Grandes sentimientos de júbilo experimenta mi corazón, al verme rodeado de tan esclarecidos y virtuosos ciudadanos, representación popular de esta patriótica ciudad, que por esfuerzos propios ha tenido la dicha de arrojar de su seno a los tiranos que lo oprimían”.
- “Tengo la honra de poner en vuestras manos, el título de mi comisión, que como veréis no tiene otro objeto que amparar al americano y exterminar al español, destruir el gobierno intruso y reponer el legítimo; en fin dar la libertad a la república de Venezuela”.

Por su parte, el viejo Rivas, padre de Rivas Dávila, exclama:

- “Gloria al ejército libertador y gloria a Venezuela que dio el ser a vos. Que vuestra mano incansable siga victoriosa destrozando cadenas; que vuestra presencia sea el terror de todos los tiranos, que toda Colombia diga un día: Bolívar vengó nuestros agravios”.

La multitud emocionada y delirante coreaba:

- ¡Viva Bolívar!, ¡Viva el libertador!

Para, el brigadier Simón Bolívar, la mejor recompensa a los triunfos obtenidos llevando a los diversos pueblos la independencia de la corona española, es ser denominado “El Libertador”.

IX.- LA PAREJA SANANTONIENSE EN EL EJÉRCITO PATRIOTA. SOLO Y ENFERMO EN CAPACHO

Emeterio y Rosa, muy contentos, profundamente enamorados, pero pensando en los posibles avatares de la guerra, marcharon hacia la concentración de fuerzas patriotas en San Antonio.

De muy buena forma, les dieron la bienvenida al agrupamiento, y los pasaron junto con otro grupo de reclutas, casi todos sanantonienses a un rápido entrenamiento, consistentes fundamentalmente en obedecer instantáneamente a sus superiores, orden cerrado y a actuar de conjunto con su unidad de lucha.

La vida o mejor la actividad del campamento, poco les deja para compartir juntos, pero las noches cuando cuelgan sus hamacas, se acarician y practican el amor con gran intensidad.

Omar Barrientos Vargas

Los entrenamientos, las marchas forzadas en viaje hacia San Cristóbal, el transporte de la logística y sus pesadas cargas, las guardias nocturnas poco tiempo les dan para el descanso y el amor, pero siempre tratan y logran aprovechar el tiempo.

La ruta emprendida primero por Rubio y Capacho hacia San Cristóbal constituyó un desafío y en lenta marcha, van enfrentando.

Desde San Antonio del Táchira comienza un ascenso constante, a través de montañas hondonadas, quebradas y selva constante.

El paisaje de gran hermosura los acoge, las montañas reverdecidas, llenas de árboles se ven cubiertas de neblina, para después cubrir la tropa, en la medida del avance ascendente.

El canto de diversas aves, es interrumpido en ocasiones por el grito de los monos. La lluvia, anunciadora del inicio de la estación invernal y de la región los empapa con facilidad, aun cuando sombrero y ruanas constituyen una buena defensa.

Los fusiles pocos, se llevan bien cubiertos; las bestias con los cañones deben ser auxiliadas y azuzadas frecuentemente. Es la labor más dura, y a

ella Emeterio es comisionado, junto a otros combatientes campesinos patriotas.

La tropa avanza a paso seguro, entre los barriales y con sumo cuidado al atravesar los caños, siempre firmes hacia su destino.

También de cuando en vez, en algunos cerros aparecen cultivos de café, es la hacienda La Yegüera, adquirida por don Gervasio Rubio, quien inició ese cultivo y fundó en sus terrenos, la población de Rubio casi dos décadas atrás.

La aldea de Rubio era un modesto caserío integrado por una docena de casas de paredes de bahareque y techos a dos aguas y una buena cantidad de bohíos, ocupados por algunos indígenas y mestizos. También poseía una pulpería, donde se vendían utensilios, ropa y alimentos para la vida diaria. Los peones de la finca pedían a crédito lo que necesitaban y les era descontado de su paga. Siempre estaban endeudados.

Gran cantidad de indígenas, mestizos y algunos blancos la pueblan. Casi todos trabajando en la hacienda de don Gervasio. Allí son bien recibidos, ya lo hicieron con las tropas patriotas que les preceden.

La retaguardia del ejército revolucionario, como todo el ejército patriota era pequeña y débil. Carecía de caballería y de suficientes armamentos de fuego; la alimentación escasa; la perspectiva, la promesa de una muy exigua paga, con el pasar de los días se va convirtiendo en eso, en promesa.

Siguen avanzando, forman parte de la retaguardia del ejército, comandada por el coronel José Félix Ribas, son unos 120 combatientes, que a pesar de las privaciones, ven aumentar su número con gente retardada de su vanguardia y grueso del batallón que avanzan adelante. Tienen nuevas incorporaciones de campesinos, encabezados por sus caporales, algunos de los cuales son rechazados para no comprometer las exiguas raciones.

Rosa viene atrás, acompañada con otras mujeres, ayudan a cargar utensilios y alimentos a ser preparados, a atender a los accidentados y muchas otras tareas.

Emeterio, marchaba a buen ritmo, a pesar de tener desde el día anterior un decaimiento general, pero su malestar sigue aumentando y comienza a debilitarse. Tiene quebrantos de salud, todo se inició con unos dolores en el cuerpo, acompañados de calenturas y tos, hasta caer en la febrilidad, con la producción de abundantes flema y esputos.

Omar Barrientos Vargas

Con andar vacilante y a pesar de haber sido despojado de la carga que llevaba, se desmaya al entrar a Capacho.

Capacho es otra aldea parecida a Rubio, pero más antigua. Originalmente estaba habitado por los indios, capuchos. Cuyo nombre, corrompido por el lenguaje castellano se transformó en capacho. Ahora está poblada de mestizos, algunos blancos y varios indígenas.

Fundado en 1602, cuando el Justicia mayor y visitador de los naturales de Tunja, Antonio Beltrán Guevara la convirtió en aldea española, luego de apoderarse de la indígena, eliminar a muchos naturales y someter a encomiendas a quienes carecieron de la fortuna de escapar a tiempo.



Capacho

Llevado a un rancho, Emeterio fue atendido en sus dolencias además de su mujer Rosa, por un médico indígena, yerbatero o chaman.

Entre oraciones cristianas e indígenas, la aplicación de emplastos y bebedizos medicinales, luego de muchos días, Emeterio comenzó paulatinamente a recobrase.

Ya habían pasado varias semanas, desde cuando desfallecido lo colocaron en una hamaca dentro del rancho.

Delirante, afiebrado, tosiendo bárbaramente, fue dejado por sus compañeros, al cuidado de esa pobre familia, a la cual con solo unas palabras de agradecimiento se le encargó el enfermo. Las tropas continuaron en su marcha.

Ahora, ya lúcido, alentado, con paso trémulo inició su convalecencia. Su Rosa y la dueña de casa, acompañada de sus tripones les daban ánimos además de su comidita.

Seguía como soldado al servicio de la causa patriota. Debía regresar a San Antonio para cumplir con las instrucciones dejadas, para ponerse a las órdenes del capitán José Cayetano Redondo, quien reclutaba y preparaba gente para defender la villa de cualquier intento realista por retomarla.

El capitán Redondo, había sido designado jefe militar de la villa por el propio brigadier Simón Bolívar; y desde su partida, se había dedicado a la

preparación de esos jóvenes recién entrados en el ejército patriota de San Antonio.

Seguramente, en esa villa, le darían nuevas armas y a lo mejor hasta un fusil o una pistola. Su lanza y machete, había sido entregada a un recluta de Capacho, recién incorporado al ejército patriota. Pensarían este, su dueño, no durará mucho y en otras manos estará mejor.

X.- REGRESO A SAN ANTONIO. CAFECITO EN RUBIO

Una vez recobradas algunas fuerzas y luego de entregar un par de monedas de las recibidas de su madre y celosamente guardadas se despidió con muestras de agradecimiento, igualmente su compañera Rosa.

Por entre lodazales y vadeando algunos caños, acompañados por un pertinaz y constante aguacero, soportado debajo de sus sombreros y ruanas y con lentos pasos, la pareja emprendió el retorno.

La estación lluviosa se había acentuado con la entrada del mes de junio. Este retorno no se parecía en nada, al avance anterior, cuando a pesar de ir cargado, sudando copiosamente, avanzando

Omar Barrientos Vargas

machete en mano para ayudar a abrir paso, el terreno estaba casi seco, no como ahora.

Se apoyaban en unos buenos palos que el hijo mayor de la señora de la casa les había cortado para ellos. A pesar de las dificultades del camino bromearon sobre la posesión de los palos, los cuales consideraron sus nuevas armas, que de una u otra manera podían ser usados como garrotes para golpear, pero bueno ahora los usaban como un buen apoyo, para no caer al resbalar.

Al pasar por Rubio, fueron saludados por los pobladores e invitados a tomar un café, endulzado con panela.

Conversaron sobre la lucha y su jefe, el brigadier Simón Bolívar.

Emeterio poco sabía al respecto, pero se las ingenió, acordándose de lo escuchado por él en la plaza mayor de San Antonio, cuando el brigadier Bolívar habló de refundar una Patria venezolana, libre y soberana, sin los españoles.

Así mismo, les refirió sobre el recorrido y éxitos de ese ejército, desde sus primeros combates a principios de año en las poblaciones aledañas al río Magdalena y su posterior éxito en la batalla de Cúcuta.

Omar Barrientos Vargas

Todo eso lo conocía, gracias a sus pláticas con otros soldados quienes acompañaron al brigadier y pelearon en los combates, desde los inicios de las campañas.

También les refirió el recibimiento de las fuerzas patriotas en San Antonio y las encendidas proclamas de Bolívar.

Desde hacía varios años había oído hablar de lograr la independencia de España, cuando el Cabildo de San Antonio estuvo de acuerdo y firmó un documento en su apoyo.

Al acercarse la noche, les brindaron alojamiento y entre unos horcones colgaron sus hamacas.

El documento al cual hacía referencia Emeterio, se trataba de una resolución tomada el 21 de octubre de ese 1810, en un cabildo abierto en la plaza mayor de San Antonio.

Ese día el maestro Antonio María Pérez del Real instó a apoyar el movimiento habido en Caracas el 19 de abril de 1810, al cual posteriormente Mérida se había sumado, como una salida al formar gobierno aparte de España, pues Napoleón la había anexado a su imperio francés.

A través de este escrito se manifestaba el acuerdo con la recién creada Junta Suprema de Mérida, surgida en contraposición a la posición asumida por la gobernación de Maracaibo, de seguir como colonia.

Para esa época tanto Mérida como San Antonio y demás poblaciones que hoy conforman los estados Mérida y Táchira, también formaban parte de la provincia de Maracaibo.

XI.- DEFENSA DE SAN ANTONIO. TRIUNFO REALISTA. ESCAPE MILAGROSO. MUERTE DEL CAPITÁN REDONDO

De madrugada, Emeterio y su señora continuaron su viaje hacia San Antonio. La lluvia les siguió acompañando hasta bien entrada la mañana, cerca de la villa.

La garúa y una suave, pero continua brisa les incomodaban, a pesar de defenderse dentro de sombreros y ruanas.

Dejó de llover, el sol comenzó por entibiar la piel, para ir rápidamente aumentando su calor, que ya muy cerca de San Antonio se hizo desagradable. Los cuerpos comenzaron a sudar a pesar de haberse despojado de las ruanas.

El cuerpo de Emeterio lucía esquelético, producto de su enfermedad. Estaba en convalecencia, ya se repondría.

Al entrar a San Antonio, se toparon con una partida de soldados patriotas, quienes les interrogaron sobre su procedencia y cuál era su destino.

Una vez reconocido como combatiente republicano le señalaron donde se encontraba el capitán Redondo.

Hacia allá se fueron. Atendidos en el puesto de mando, como soldado veterano fue tratado, le ascendieron a cabo y le asignaron un grupo de nueve reclutas lanceros, para comandarlos.

Le ordenaron su lugar de ubicación y lo armaron como a todos sus hombres, con una lanza primitiva, hecha de una vara larga con una punta afilada y endurecida por fuego.

Debían prepararse para la lucha, seguramente al día siguiente trabarían combate. Una tropa de soldados realistas, provenientes de Maracaibo, se acercaban bajo las órdenes del capitán Bartolomé Lisón.

Solo eran una pequeña cantidad de aprendices a soldados, recién reclutados, bisoños. Si a él lo

Omar Barrientos Vargas

consideraban veterano, que se podría esperar de los demás.

Rosa incorporada a la brigada de ayuda en abastecimientos; también estaba considerada, ya veterana, aun cuando en la marcha hacia San Cristóbal, además de acarrear bastimentos, solo había ayudado a atender varios combatientes con torceduras de los tobillos, o a vendar pequeñas heridas, producto de caídas y accidentes pequeños.

Esa noche luego de comer algo, durmieron hasta la madrugada, cuando el sonido de la corneta los despertó.

Al rato, marchaban a tomar posiciones defensivas en diferentes puntos por donde vendría el enemigo.

Salió al campo en compañía de sus 9 subordinados.

Tomaron posiciones atendiendo a las indicaciones de sus superiores y esperaron.

En posición de combate se acercó la vanguardia enemiga, mientras los cañones lanzaban andanadas de disparos, produciendo víctimas de lado y lado.

Los asaltantes se acercaron más y comenzaron a disparar sus fusiles. Los defensores, en menor proporción y cantidad hicieron otro tanto.

Omar Barrientos Vargas

Los patriotas caían heridos o muertos por las balas de la fusilería; a la vez, otros respondían al fuego causando también algunas bajas.

El capitán Redondo dio la orden de atacar y con lanzas, algunas espadas y muchos machetes, las escuálidas fuerzas republicanas trabaron combate.

Emeterio y su gente se abalanzaron contra el enemigo, cayeron dos producto de los tiros. Lanzas y machetes se cruzaron con alabardas, espadas y bayonetas. Pelearon con gran bravura, pero eran arrollados por la caballería enemiga y su mayor poder de fuego. Morían o quedaban heridos sin dar ni pedir clemencia.

La corneta llamaba a replegarse, Emeterio y dos de sus compañeros quedaban y eso hizo. Todos los demás, tanto los dirigidos por él, como los otros integrantes del ejército patriota quedaban tendidos en la zona de combate.

Saldo terrible, las fuerzas revolucionarias habían sido barridas, eliminadas. En pocas horas de refriega, la hueste colonial las había exterminado.

Algunos soldados patriotas se replegaban sin mucho éxito, los estaban acabando. El propio capitán Redondo resultó herido y preso.

Omar Barrientos Vargas

Con la caída de la tarde el combate cesó con el éxito total de las tropas coloniales.

Este 12 de junio de 1813 atardecía con olor a muerto y a pólvora, pero sobre todo a sangre, derramada por los combatientes en el enfrentamiento.

Se atendían los heridos. Rosa estaba detenida, pero fue enviada a ayudar.

Cauterizaban las heridas vertiendo brea caliente, daban costuras a otros y con una sierra terminaban de amputar miembros casi desprendidos, para cauterizarlos a continuación.

Los gritos de dolor, poca mella o mejor ninguna hacían en el personal encargado de asistirlos, quienes cumplían con su solidaria y terrible misión, sin detallar a cual bando pertenecían los combatientes, a pesar de las indicaciones de dar preferencia a los heridos del bando realista o no dar asistencia a los integrantes del bando republicano.

Entre tanto, otros soldados apilaban los cadáveres para su incineración y posterior entierro de los restos.

Establecida una vigilancia, el recorrido de algunas patrullas en la villa y cumplida la triste misión, el

Omar Barrientos Vargas

grueso del contingente comió algo y con la llegada de las primeras sombras, descansó.

Emeterio luego de pelear bravamente, junto a sus dos compañeros, buscó refugio. Se acordó de inmediato de su madre, aun impactado por la prisión de Rosa, la cual supo por boca de otro soldado que huía.

Dirigió sus pasos hacia allá, a casa de su mamá .Sus otros compañeros, vecinos hicieron otro tanto y se refugiaron en sus viviendas.

Anonadado por la ingrata información, prefirió primero dirigirse al rancho de la madre de Rosa; debía informarle sobre la prisión de su hija.

Al llegar a dicha vivienda, quedó gratamente complacido y contento, pues la primera persona que vio fue la propia Rosa, quien lo abrazó.

- Ala, y esa bolera, ¿Cómo se vino, la dejaron o se escapó? Pregúntole emocionado.
- Pues en un descuido de esos toches, me dije paticas pa' que las tengo y me les jui. Antes de que me amarrarán dije que iba orinar detrás de una mata y aquí estoy.

Se lavaron, tomaron agua y comieron algunas frutas, al tiempo que Rosa vendaba las heridas,

afortunadamente superficiales, en los brazos de Emeterio.

Fue tanta la emoción del encuentro que Emeterio dejó la visita a su madre para el día siguiente.

Por si acaso, colgaron sus chinchorros, relativamente lejos de las viviendas y descansaron.

Comenzaba a clarear el día con la llegada de la iluminación solar y el calor, cuando escucharon la llegada a la ranchería de varios soldados realistas.

A toda prisa guardaron sus chinchorros y a paso rápido se alejaron.

La única vía factible era hacia la villa y debieron seguirla, pensando que hacer.

Al dar una vuelta en el camino vieron y los vieron. Una patrulla realista estaba a pocos pasos. Se acercaron y al preguntarles a dónde se dirigían, amilanados, pero aprovechando la flacura y pasos lentos, de Emeterio, Rosa respondió que llevaba su esposo enfermo a la villa, a fin de consultar con la curandera Dulcina, muy recomendada por sus vecinos.

Los soldados con solo mirarlos, el hombre enfermo, sus ropas campesinas, llenas de barro y de hablar típico, les dejaron pasar.

Omar Barrientos Vargas

- Y ahora diga vusted ¿qué hacemos?, ¿Hacia onde vamos? Preguntó Rosa a su marido, quien le respondió:
- Busquemos a la vieja Dulcina pa' que me recete y nos injorme como van las cosas en la villa.

Doña Dulcina, lo vio detenidamente, escuchó los padecimientos sufridos por boca de Rosa y luego de pensar y rezar un poco, le impuso las manos, pasándolas por todo el cuerpo y le recomendó una buena alimentación a base de gallina y abundantes vegetales, tomar siete baños –uno diario- seguidos con agua bien caliente –que pueda tolerar-, después de los cuales debía rezar todos los días siete padre nuestro y una salve.

En cuanto a la información sobre los sucesos en la villa, les informó que los realistas se habían apoderado nuevamente del pueblo y tenían preso al capitán Redondo, varios de sus subalternos y otras personas.

La noticia confirmaba sus sospechas de la derrota total en el enfrentamiento. Los realistas habían regresado. Ellos se estaban salvando por carecer de uniforme y andar desarmados y él haberse hecho el enfermo.

Dejaron el rancho de doña Dulcina, para

Omar Barrientos Vargas

Retomar el camino hacia la vivienda de su madre, en la hacienda.

De pronto Rosa, por intuición y también por curiosidad, sugirió pasar primero por la plaza mayor.

Por allí siempre circulaba mucha gente, no serían notados ni molestados y podrán enterarse de cualquier nuevo acontecimiento.



*Capitán patriota José Cayetano Redondo, asesinado
el 13 de junio de 1813*

Al acercarse, una aglomeración de personas alrededor de la horca les sugirió el estar pasando algo grave. Avanzaron un poco más y vieron descolgar de la misma. a varios cadáveres, entre ellos los del capitán José Cayetano Redondo y Juan Agustín Ramírez.

A continuación comenzaron a desmembrarlos. Algunas personas relataban que las órdenes de los

asesinatos fueron dadas por el capitán realista Bautista Lizón, comandante de las tropas llegadas a San Antonio y triunfadoras sobre las patriotas, en los combates del día anterior.

No quisieron mirar más. Totalmente consternados, presurosos se alejaron del lugar del lugar de sacrificio, para salir de San Antonio hacia la hacienda.

A la señora Marta Moreno, madre del Capitán José Cayetano Redondo cuando indagó sobre el paradero de su hijo, le mostraron una bandeja con su cabeza frita en aceite, para humillarla y decirle que eso les sucedería a todos quienes hicieran armas contra su majestad, el Rey de España y de estas colonias.

- “Ha muerto como patriota. Si tuviera diez hijos, diez hijos hubieran dado la vida por la Patria”. Les respondió.

XII.- EN CASA DE NUEVO. GUERRILLA PATRIOTA. COMBATES. DELACIÓN Y PERSECUSIÓN

Mayúscula sorpresa, sintió la madre de Emeterio, al verlo llegar con Rosa. Lo abrazó de inmediato, para a continuación mirarlo detalladamente:

Omar Barrientos Vargas

- ¿Qué tiene mijitico? Lo veo requeté consumio, seco, flacuchento. ¡Está maluco? ¿Se vino fugao del ejército patriota o lo botaron? Y mirando a Rosa, le preguntó:
- ¿Se arrejuntaron? ¿Viven juntos? ¿Desde cuándo? ¿Ya encargaron?
- Ma, ya garlaremos too. Oritica queremos comer, ¿Tiene algo?, ripostó Emeterio.
- Queda tantica sopita, pero ya voy al conuco a trae bastimento pal acompañamiento.

Mientras preparaban el alimento y comían, les refirieron lo vivido desde la partida, sin incluir los sucesos en la batalla perdida.

Ella, por su parte, les contó sobre la llegada de madrugada de la partida de tropas españolas. Habían registrado los ranchos buscando posibles soldados, en especial hombres heridos. Por supuesto no encontraron a ninguno.

- Cuando tuvieron en el rancho, esculcaron too y sus alrededores, me pidieron agua.; les ofrecí tantica agua miel de panela, se la jartaron con mucho gusto y se jueron.
- Menos mal que vustedes llegaron hoy. Ya too está tranquilo, aun cuando nunca se sabe.

Omar Barrientos Vargas

- ¿Pero ya encargaron o no? ¿Volveré a tener nietos?

Afirmativamente le respondió Rosa; había pasado un buen tiempo, durante el cual vio la regla en dos oportunidades que le hizo pensar en alguna falla en su organismo, por no quedar embarazada, pero afortunadamente ya lo había superado.

Ahora tenía una preñez de dos meses por lo menos. Se sentía muy bien, sin ninguna molestia como los vómitos presentes en otras mujeres en sus primeros meses de embarazo.

Emeterio quien nada sabía y poco se preocupaba por estos hechos se sintió muy contento, tanto como su madre, abuela de la criatura en camino y manifestó su molestia por no ser informado primeramente.

Su mujer le respondió:

- Eso pensé, darle la buena nueva a vusted primero, pero como taba enfermo y después se presentó el inconveniente en San Antonio, me pareció mejor hacerlo después y en presencia de su mama.

Descansaron, se bañaron y rezaron tal como correspondía y con el ocaso del sol colgaron sus

Omar Barrientos Vargas

chinchorros y durmieron. Mañana será otro día. Ojalá traiga algo bueno.

Temprano se levantaron, apenas comenzó a clarear. Tomaban el café, cuando llegó Justino, otro peón de la hacienda, quien sabedor de la venida del cabo Emeterio y su vocación revolucionaria, le invitó a participar en un grupo guerrillero para hostilizar a los realistas y quizás para volver a echarlos de San Antonio del Táchira.

La señora Carmen escuchó la conversación y sin pensar durante mucho tiempo les mostró su preocupación por lo dicho por Justino.

- Son solo un par de pingos muchachos desarmados, como van a convertirse en guerrilleros para atacar a esos toches soldados realistas. Mejor continúen en las labores en la hacienda. Háganse hombres de bien, de trabajo.
- Vusted Justino todavía es soltero, pero Emeterio ya está formando familia. Mejor quítense esas boleras de la cabeza.

Rosa, quien nada había dicho, intervino:

- Sí, cuentan conmigo, ya somos tres pingos aquí. Seguramente habrá más gente.

Omar Barrientos Vargas

Emeterio es un soldado patriota, todo un seño cabo.

- Todos deben seguir su trabajo en la hacienda, Emeterio debe volver al mismo. Sin duda alguna lo recibirán de nuevo.

Emeterio, delante de su madre, rechazó su participación en vista del estado de gravedad de su mujer, sintiendo en el fondo un grato sentimiento de complacencia, por lo manifestado por ella y también por expresado por Justino., pensando en incorporarse y organizar el grupo de combatientes.

Tras una conversa con el capataz Toño, fue nuevamente empleado todo volvió a la normalidad. Levantarse temprano como agricultor. Pegaba a trabajar todos los días, desde el amanecer hasta el atardecer.

Así pasaron varios días, hasta tanto, reunidos con otros campesinos, entre ellos los dos combatientes dejados unos días atrás y ya en armas, hostilizaron una cuadrilla realista, matando a uno a lanzazos e hiriendo a dos a machetazos, todo en silencio.

Habían salido cuando caía la tarde y al cabo de un rato vieron una comisión de realistas distraídamente descansando y fumando tabacos debajo de un árbol, conversaban descuidadamente.

Omar Barrientos Vargas

Cayeron de sorpresa. Las lanzas y machetes hicieron lo suyo; se incrustaron en algunos cuerpos, aun cuando los realistas recuperados de la sorpresa, se defendieron con sus espadas.

El asalto duró unos minutos. Dos espadas y un fusil fueron recuperados.

Cubiertos por la noche desaparecieron de inmediato.

Casi llegando a la rancharía, se lavaron las heridas, afortunadamente, cortaduras sin importancia; otro tanto hicieron con la ropa ensangrentadas, -sangre de los realistas fundamentalmente-. Terminada la labor en la quebrada, escondieron las armas en el hueco de un árbol.

A la mañana siguiente, pegaron a trabajar como siempre. Estaban muy cansados, pero satisfechos por la acción. No tuvieron bajas, solo algunas cortaduras, las cuales disimularon y cubrieron con la ropa.

Pero los realistas apoderados de la villa de San Antonio analizaron el ataque sufrido y sacaron la conclusión de que no se trataba de fuerzas revolucionarias convencionales, pues de haberse tratado de un ejército o una avanzada de ellos, los hubieran acabado. No lo habían hecho.

Omar Barrientos Vargas

Habían desaparecido con facilidad, sin dejar rastro.



Seguramente son gente de la villa o de los alrededores, y a lo mejor hasta nos los cruzamos en el camino con frecuencia. Debemos mantenernos alerta, con ojos y oídos bien abiertos y hacer exploraciones en los campos y casas de San Antonio.

Durante varias semanas la represión aumentó y algunas personas sospechosas fueron sometidas a interrogatorios y torturas sin éxito alguno.

Estas investigaciones y maltratos, los realizaban bajo las órdenes directas del capitán Bautista Lizón, quien había ordenado algunas semanas atrás, el ahorcamiento y descuartizado del capitán republicano Redondo.

Pasado algunos días, los jóvenes campesinos patriotas, conjurados en las acciones guerrilleras organizaron otro golpe.

Omar Barrientos Vargas

La noche no solo trae la oscuridad, sino también a la luna, cuya luz tenue, iluminaba débilmente la zona. De lejos, se perciben los objetos, los cuerpos difusamente, se observan varios soldados realistas con sus fusiles y alabardas. Se ven, tal vez, demasiado. Si ellos se acercan aun en veloz carrera y con las armas prestas, serán notados antes de entrar en combate.

Se inmovilizan, para esperar un momento propicio. Se detienen, esperan el paso de una nube, para protegerse con una oscuridad relativa.

Así lo hacen, la luna es cubierta. Avanzan. De improviso vuelve la claridad. En el cúmulo nuboso aparece un hueco por donde se filtra la luz lunar. Los realistas los perciben y al mismo tiempo levantan sus fusiles y disparan. Caen varios de los asaltantes. Avanzan, sus machetes y lanzas brillan tenuemente a la luz de la luna, buscando herir o matar. Hay un sonido de armas blancas rozando.

De pronto los cuerpos se separan en dos bandos, se repliegan cada uno por su lado.

La acción ha cesado instantáneamente. Los patriotas huyen a toda carrera. Los realistas hacen otro tanto, pero una vez reagrupados levantan sus fusiles y disparan. El silencio nocturno nuevamente

Omar Barrientos Vargas

es perturbado por las explosiones, los quejidos de los heridos y los gritos de los contendientes.

Han causado varias bajas al enemigo, no han podido conquistar arma alguna y han llevado de su parte. Dos han quedado en la refriega, uno viene herido por los disparos en la retirada.

Todos tiene cortadas sin mayor trascendencia, pero José sangra profusamente. Se retiró por sus propios pies, pero al final debió ser arrastrado y cargado hasta su rancho.

Su mujer lo atiende y venda. Está en el chinchorro pero muy débil, la bala entró y salió, dejando una buena tronera.

- Ojalá se ponga bueno en unos días. Yo estoy cansaa de decirle a vusted que no se meta en vainas. Por no haceme caso fíjese lo que le pasó.

Él solo emite algunos quejidos y no le responde nada a su esposa.

Esta vez, atacaron otra patrulla, con menos suerte, hirieron algunos realistas, pero resultaron muertos dos de sus combatientes y otro herido.

Gotas de sangre van quedando. Las pisadas con el cuerpo alzado, dejan un rastro.

Los españoles lo ven y se dan cuenta de su dirección: hacia los ranchos de los peones del hato de don Marcos y hasta allá se van.

Encontraron al herido, vendado y enchinchorrado, quien bajo amenazas, golpizas y antes de ser asesinado delató a sus compañeros, entre ellos a Emeterio y a Rosa.

XIII.- EN FUGA. MUERTE DE SU MADRE. TRAS EL EJERCITO PATRIOTA. RUBIO, SAN CRISTÓBAL, LA GRITA

Al percatarse no más de la entrada y el registro de las viviendas, Emeterio apresuradamente recogió algunas cosas, entre ellas los chinchorros, y apurando a su mujer, en fuga se fue con ella.

Aún estaban cerca, cuando los realistas cayeron en el rancho y tomaron a la señora Carmen, madre de Emeterio por el cuello, le preguntaron por su hijo. Ella les respondió que tenía días de haberse ido, tras lo cual de un solo machetazo le cortaron la cabeza.

¿A dónde ir? Debían buscar el ejército patriota, decían que avanzaba hacia Caracas, pero que en el

Omar Barrientos Vargas

llano se podrían incorporar con una partida republicana.

Él poco sabía de eso, de Patria y gobierno republicano, pero le gustaba y mucho, sobretodo cada vez que recordaba las palabras del brigadier Simón Bolívar, a quien llamaban “El Libertador”, título dado en Mérida, según le relataron al llegar a San Antonio.

Escondidos en la montaña, divisaron a varios de sus compañeros de trabajo y de lucha patriótica, los llamaron y se reunieron con ellos. Ahora eran una partida de ocho combatientes en huida.

Durante largo rato caminaron juntos hasta iniciar una conversación sobre qué debían hacer. Emeterio les planteó la idea de tratar de buscar las fuerzas revolucionarias para sumarse a ellas. Por el momento eran una partida de prófugos sin mayores recursos.

Tenían hambre, carecían de alimentos, en consecuencia conseguirlos era su prioridad inmediata.

Permanecían aún en los terrenos de la hacienda de don Marcos; si caminaban hacia la parte baja, encontrarían un cañaveral, pero a lo mejor serían

vistos por otros trabajadores, y nunca se sabía con quien se podía contar o confiar...

De todos modos, el hambre apretaba.

Cortaron y chuparon el jugo de las cañas. Que bien sabían. Podían permanecer varios días por allí, pero no era muy seguro. La idea de ir tras el ejército republicano les atraía, pero ¿dónde estaría?

Así con una larga caminata, el grupo de campesinos guerrilleros en fuga, comenzaron la travesía a través de las montañas tachirenses. Sabían que por esa ruta, los realistas no habían pasado, se habían apoderado de otras regiones, pero de todos modos debían andar con mucha cautela.

Se acercaron a Rubio. No notaron nada especial y luego de una larga observación, llenos de precauciones, entraron a la aldea. Todo estaba normal, pero el miedo existente, casi se podía cortar con un cuchillo. Fueron nuevamente, bien atendidos, ayudados y aprovisionados, pero con el deseo, ampliamente manifestado de no quedarse demasiado tiempo. En cualquier momento, los españoles podrían llegar. Mejor que estuvieran lejos de la población.

Alrededor de un fogón, Emeterio les refirió sus luchas en San Antonio, como los realistas los habían

Omar Barrientos Vargas

derrotado y apoderado de la villa, también les refirió el ahorcamiento y posterior descuartizamiento del capitán Redondo y de otros de sus compañeros y de la persecución y represión que habían sido objeto, en sus propias viviendas.

Los vecinos escucharon con mucha atención los relatos y sintieron incrementados sus temores ante la posibilidad de la llegada de las tropas realistas.

Ante estos temores de la gente de Rubio, prefirieron irse de la aldea; cuestión gratamente agradecida por los vecinos.



Tomaron rumbo a las cuevas existentes cerca, pero no tan cerca de la población.

A unos 25 minutos de la aldea, debieron subir por una pendiente muy resbaladiza, hasta llegar a varias formaciones geológicas, donde la acción de la naturaleza, el pasar del tiempo habían generado socavones a través de los cuales se filtraba el agua,

Omar Barrientos Vargas

dando origen a corrientes subterráneas, dentro de algunas de las cuevas.

En una de las cavernas observaron unas pinturas realizadas por muy antiguos habitantes o visitantes de las mismas varios miles de años atrás. Quedaron pensativos al observarlas y tratar de descifrar las imágenes. ¿Qué representarían?, ¿Qué significarían?, ¿Quiénes serían sus autores? Todas estas interrogantes quedaron sin respuesta. Solo elucubraciones, solo podían estar seguros de haber sido hechos por algunos de sus remotos antepasados.



Finalmente, escogieron una de las cuevas, como alojamiento, mientras la pareja de Emeterio y Rosa se colocaban en otra cercana.

Pernotaron esa noche, descansaron grandemente, se turnaron haciendo guardia por si acaso. Nada pasó. A la mañana siguiente, tomaron café, comieron algo y cargados con las provisiones facilitadas por la gente de Rubio emprendieron bajo

la lluvia constante su viaje en busca del ejército patriota. Cansados, no tanto por las cargas, más bien por andar entre barriales, a pesar de ayudarse con los cabos de las lanzas improvisadas y el vadear varios pasos de quebradas, llegaron a Capacho, pasando por un lado, rumbo a San Cristóbal.

Al llegar a la ciudad, se presentaron en el cuartel general del ejército patriota, donde les dieron la bienvenida.

Preguntados por sus orígenes y destinos, dieron las novedades ocurridas, durante la defensa de San Antonio, la derrota y exterminio de los militares revolucionarios, la prisión y muerte del capitán Redondo, las acciones guerrilleras, la represión, las persecución sufridas, su huida y sus intenciones de incorporarse nuevamente en el contingente republicano.

Se asearon, alimentaron y pernotaron, con gran gusto.

Desde San Cristóbal, los dirigieron hacia La Grita, donde, sabían, preparaban un contingente a ser dirigido hacia los llanos.

Emeterio fue sorprendido gratamente, cuando le ratificaron el cargo de cabo de las fuerzas patriotas,

Omar Barrientos Vargas

les entregaron fusiles y sus pertrechos respectivos para todos los combatientes venidos de San Antonio.

Durante varios días los enviaron a las riveras del rio Torbes a montar vigilancia, aun cuando las posibilidades de una incursión realista por esa zona era prácticamente imposibles; más bien se trataba de entrenamiento militar; seguramente en un futuro muy próximo, deberían enfrentar el enemigo y en consecuencia debían estar bien preparados y alertas.



Rio Torbes

Culminado el entrenamiento, descansados y provisto con varios nuevos combatientes, debidamente armados con fusiles y muchos bríos, les ordenaron emprender viaje a La Grita.

XIV.- LLUVIA, FRIO Y BARRIALES POR EL CAMINO. LA GRITA FLORECE. ROSA SE QUEDA.

Sus mayores contratiempos fueron los mismos tenidos en su travesía desde San Antonio. Lluvias, barriales, frio y pasos de quebradas y riachuelos- algunos abundados-, los siguieron acompañando; sabíanlo propio de la época, estaban en la estación lluviosa, amén del régimen pluviométrico propio de esta parte de la región montañosa de Los Andes.

Alegres, aun cuando cautelosos hicieron la ruta. Se acordaban lo sucedido en San Antonio, tanto la batalla perdida como en el acoso sufrido. Los realistas, los persiguieron y para salvarse debieron dejar la zona.

Llegaron a La Grita mojados, con frio, pero contentos, con un alto espíritu patriótico y muy buen humor.

La Grita era una ciudad colonial de mucho movimiento económico. Estaba rodeada de cultivos de diferentes rublos alimenticios como higos, plátanos, legumbres, granos; también algodón y caña de azúcar.

En otros predios, dedicaban los esfuerzos a la ganadería, aun cuando, la mayoría combinaba los cultivos con la cría de ganado vacuno y ovejas.

La cría del ganado, además de generar carnes y leche, permitió la creación de queseras, con disimiles productos lácteos.

Igualmente en La Grita existían algunas actividades artesanales como la fabricación de hilos y telas con buena parte del algodón producido allí mismo; así como cestas, canastos de fibras vegetales; alpargatas y otras.

En las actividades económicas de la región, sobresalían los trapiches para procesar la caña dulce y convertirla en azúcar y panela.

Igualmente, la producción de aguardiente o miche, como era denominado en la región andina.

Puestos a las órdenes del comando patriótico de la ciudad, fueron concentrados y alojados con los soldados que quedaban en el cuartel republicano. El grueso de las tropas ya había partido hacia Mérida y Barinas.

Concentrados en La Grita esperaron cumpliendo con las disposiciones del comando superior y de sus oficiales, montaban guardia en diferentes puntos de la ciudad o del campo.

Seguramente en algunos días o semanas los movilizarían hacia otros lugares, tal vez los llanos o

Mérida. De todos modos habrá que esperar.

La vida transcurría normalmente, a pesar del gran fervor revolucionario, que se había apoderado de los vecinos de La Grita; Emeterio, imbuido de ese amor patriótico, pero pensando en la preñez de su mujer, buscó donde alojarla permanentemente; en su estado de gravidez no podía o mejor no debía seguirlo acompañarlo en el ejército, aun cuando, algunas mujeres lo hacían y parían en el camino.

Preguntó acerca de donde alojarla hasta el parto, pero solo le plantearon como solución, colocarla como trabajadora agrícola en algún predio o doméstica en un hogar.

Al conversar con doña Luisa, una dama viuda y patriota de la sociedad gritense, aceptó contratarla como empleada doméstica, como “muchacha de adentro” en su hogar, una hacienda en las cercanías de la ciudad.

Rosa al principio disintió de esta decisión pero como buena mujer andina, obedeció la disposición de su marido.

Dando muestras de gran cariño y entre abrazos y besos se despidieron; guiada por doña Luisa y otras personas integrantes de la comitiva de la dama gritense tomó rumbo a la hacienda.

Nuevos ejercicios y entrenamiento diario del contingente revolucionario parecían dar buenos resultados. Los recién reclutados y los soldados patriotas, recién llegados, obedecían las órdenes sin chistar, para el contingente llegado desde San Antonio, ya era cosa del pasado su escasa o mejor ninguna preparación de guerrilleros improvisados y ejecutaban la formación y ejercicios como militares acostumbrados.

XV.- SOLA EN LA GRITA, INDEPENDENCIA PARA LOS CRIOLLOS UNICAMENTE.

Siguió lloviendo, las montañas verdeaban por doquier. Los cultivos de hortalizas brindaban buenos frutos. Los callejones de caña, previamente quemados, eran recorridos por peones con sombreros y ruanas, cortándola, para ser recogida por otros que les seguían.

Los peones se afanaban en su recolecta. Los capataces daban instrucciones y órdenes. Al lomo de los trabajadores y esclavos eran transportados hacia las bestias, para el mercado de La Grita, enviar a otras regiones; aun cuando en esencia la mayor parte de la caña la llevaban a la molienda en el trapiche de la hacienda.

Omar Barrientos Vargas

Un humo blanco continuo salía de las chimeneas y la fragancia del melao y la panela llenaban con su dulce aroma el ambiente.

Un poco más allá vasijas de cobre servían para la destilación del aguardiente.

El algodón en plena floración cubría con un manto blanco las montañas vecinas.

Rosa cumplía con sus labores de muchacha de adentro. Cocinaba para su patrona doña Luisa y su familia; acarreaba agua; lavaba la ropa, la planchaba, realizaba el aseo interno, daba comida a las gallinas, mientras su barriga crecía de seguido. El alumbramiento sería cosa de pocos días.

Pero así como avanzaba su preñez, disminuía su actividad como la amabilidad y consideración inicial, de la cual fuera objeto al principio.

El trato amable, había dado paso al de una empleada común, para convertirse en desconsideración y humillaciones frecuentes.

En su soledad y estado de gravidez, toleraba, aguantaba. Estaba en un lugar distante, a punto de parir y sin poder valerse de mucho por su propia cuenta; tenía afortunadamente, y no dejaba de dar gracias a Dios por ello, la ayuda de otras mujeres,

empleadas de la hacienda., con las cuales compartía el rancho donde colgaba su hamaca y tenía algunas cosas, como varios ropitas, trapos y un colchoncito de paja para la nueva criatura por nacer.

Allí comprendió, en diversas conversaciones con las otras damas, que la independencia debía ser profundizada, pues la pregonada por los blancos criollos, solo era una manera de ellos disponer y gobernar a los demás, eliminando las privilegios de los españoles peninsulares y quitarse de encima el pago de diversos impuestos.

Había necesidad de favorecer a los indios, esclavos y mestizos, quienes continuaban sometidos, explotados y bajo las severas órdenes de sus amos criollos.

Pero qué se podía hacer, algunas planteaban atacar a todos los blancos por igual y otras buscar cómo hacerlos entender, los anhelos de los irredentos, pero todo quedaba allí, en deseos.

Rosa se preparó para el evento importante de dar a luz una criatura, hijo o hija de su lejano marido, Emeterio.

La lluvia siguió copiosa toda la noche; los dolores de parto también, parecían no dar descanso a la

primeriza.

La comadrona llamada, luego de verificar a la parturienta informó, tal vez será para el día siguiente, sobre el mediodía.

Así lloviendo y con los dolores de parto amaneció ese otro día. Sin comer ni beber, con diversos masajes y muchas oraciones pasó la mañana y llegó la tarde, cuando se produjo el alumbramiento.

Una vez arreglado el niño, un varón, y atendida la madre, la comadrona le hizo una serie de recomendaciones dándole a tomar caldo de gallina negra, muy eficaz para una buena y abundante lactancia.

Todo el tiempo, Rosa se lo dedicó con mucho amor a su hijo, lo amamantó durante meses. Las otras damas, con las cuales compartía la vivienda los cuidaron y atendieron, hasta cuando la vieron más fuerte y decidida, unos días después del alumbramiento.

Actuando como toda una madre experimentada, ya valida por su cuenta, Rosa reanudó sus labores domésticas, llevando siempre atado a su pecho al niño.

La consideraron apta y le fueron aumentando de

seguido sus tareas, las cuales cumplía con todo su empeño, pero sin serle reconocido su trabajo. En la tienda de la hacienda, adquirió algunas otras cosas para su bebe, cuyos costos le fueron cargados a sus salarios futuros, tal como sucedía con casi todos los trabajadores de ese predio.

A veces, añoraba su vida en el rancho de su madre en la hacienda de San Antonio, es verdad debía trabajar duramente, en situación similar, pero tenía a su familia cerca y no le atacaban los sentimientos de soledad.

Pensaba en su madre y hermanos, pero más añoraba a su esposo, de quien carecía de noticias, a pesar de haber transcurrido un año y pico.

XVI.- EN MÉRIDA. COMBATES EN ESTANQUE Y MUCUCHIES

Enviado a Mérida, el cabo Emeterio y su grupo, se enteraron de la situación de las luchas dirigidas por el brigadier Bolívar, a quien en esa ciudad le habían denominado “El Libertador” y su marcha triunfal hacia Caracas, derrotando en diversas batallas a las fuerzas realistas; también se conocieron del levantamiento de negros, indios y pardos, teniendo

como banderas, el respaldo al Rey español. Actuaban en especial en las regiones centrales y llaneras; se vengaban de la explotación de siglos de los blancos, los degollaban sin importarles que fueran peninsulares o pacíficos ciudadanos, mujeres o niños; saqueaban sus propiedades y las quemaban.

Hasta esta ciudad llegó, aun cuando unos meses después la noticia de haber sido recibido Bolívar y sus fuerzas con gran júbilo en Caracas y ser conferido en la iglesia de San Francisco el título de “Libertador”, tal como habían hecho los merideños semanas antes.

Fueron acantonados en esa región, participando en varios enfrentamientos menores con tropas monárquicas.

Pronto todo se complicó, grupos realistas atacaban a los revolucionarios. El 18 de febrero de 1814, en la hacienda cacaotera El Estanque, participaron en un tiroteo con los españoles, quienes huyen precipitadamente. El comandante Antonio Rangel y el capitán José Antonio Páez, junto con unos 15 carabineros van tras ellos, hasta tanto Rangel decide abandonar la persecución.

Páez solo, los ve y verifica que deberán obligatoriamente pasar por un desfiladero. Les

Omar Barrientos Vargas

permite avanzar; en columna de un hombre entran. Cuando los ve en ese tránsito, al grito de “Viva la Patria”, efectúa varios disparos con diversas armas. Los soldados coloniales huyen despavoridos y abandonan sus dotaciones, incluyendo piezas de artillería.



José Antonio Páez

El temible realista José María Sánchez le hace frente a Páez y en una pelea cuerpo a cuerpo el capitán Páez lo hiere de muerte.

En actitud muy cristiana, al verle en este trance, Páez le reza el credo, momento en el cual Sánchez intenta apuñalarlo, debiendo rematarlo de otro lanzazo.

Enterado Emeterio de la decisión inteligente acertada y valiente del capitán Páez, logra ser integrado a las tropas bajo su mando.

La guerra había entrado en otra fase, los enfrentamientos se hacían cotidianos los realistas

Omar Barrientos Vargas

parecían tomar la iniciativa, comenzando a surgir escuadrones formados por pardos e indios proclamando el odio a los propietarios blancos de haciendas y de inmuebles en las ciudades con una supuesta lealtad al rey español.

Emeterio ahora, bajo las órdenes de Páez; participó en nuevos enfrentamientos contra las fuerzas realistas, y cuando el general patriota Rafael Urdaneta pasó en retirada hacia Nueva Granada, vio a su capitán Páez unirse a estas tropas.

Él, el cabo Emeterio y su grupo compuesto por veinte hombres armados de arcabuces y lanzas quedó enguerrillado por las montañas merideñas.

Hostilizaban a los realistas, les causaban daños y huían de inmediato, por ser más numerosas y mejor armadas, los arrollarían.

Tratando de imitar la osadía y estilo del capitán Páez, esa mañana, esperaron a la tropa realista, mientras subía por un riesgoso camino del páramo Mucuchies.

Desde arriba vieron las hileras de soldados, entrar al desfiladero, mientras otros ayudaban a las bestias a conducir varios cañones.

Omar Barrientos Vargas

Con las carabinas debidamente cargadas, apuntándolos y divididos en dos grupos de tiradores.



Emeterio les recordó a su gente: “Una bala, un enemigo herido o mejor muerto”.

El avance de los soldados realistas, la mayoría procedentes de los llanos barineses, se hizo lento; a cada paso en la cuesta, el aire se enrarecía más. El soroche o mal de páramo hacía sus estragos en los cansados batallones en ascenso por la montaña.

La vanguardia realista, trataba de mantenerse alerta, pero la falta de oxígeno en el aire, afectaba a todos, incluidas las bestias. A algunos los abrumaba, la falta de oxígeno los derrumbaba.

El soroche había comenzado con dolores de cabeza, leves mareos y cansancio generalizado para producir en varios, afortunadamente pocos: tos,

una coloración azulada en la piel, expectoración de sangre y finalmente la muerte.

Sus jefes, entendiendo la difícil situación de su infantería, les exigieron un último esfuerzo, aun a paso lento. Al culminar la cuesta descansarían, tomarían algo caliente y tendrían una ración de aguardiente o miche andino.

Los soldados “echaban el resto” buscando arribar pronto a la cima. Una descarga de fusilería convertida luego en eco, atronó en las montañas cercanas y tal vez en las lejanas.

Los primeros combatientes de la vanguardia, cayeron dando alaridos en medio del espanto; sus vidas se trochaban. Los otros combatientes, olvidados del cansancio se echaron al suelo armando y disparando sus fusiles.

Una segunda descarga de los atacantes, resultó menos efectiva que la primera. Ahora en medio de la plomazón los guerrilleros prestos se retiraron por el lado contrario de la montaña. Ninguno había resultado lesionado en la acción, pasaron a gran velocidad una quebrada, tratando de mojarse lo menos posible en sus frías aguas, siguieron bajando hasta llegar a zona vegetal, tomaron sus caballos y al galope desaparecieron.

Entretanto las tropas de vanguardia llegaron a la cima. Los combatientes patriotas ya no se veían. Estaban cansados; sus oficiales, colocaron una vigilancia rigurosa y el grueso de los llaneros descansó, mientras algunos lo harían posteriormente al auxilio de sus compañeros heridos.

De todos modos, organizaron una persecución en dichas montañas. Siguieron tras los rastros dejados por los agresores, tan solo divisándolos a lo lejos, cuando montados en sus caballos se alejaban.

Al cabo de algún tiempo se dieron cuenta de la imposibilidad de alcanzarlos y regresaron.

XVII.- EL LLANO

Emeterio reflexionó acerca de lo actuado, le pareció bien, pero de pocos resultados; no habían conquistado nada, tan solo causado algunas bajas entre muertos y heridos. Muy pocos para el tamaño de esa fuerza. Así decidió buscar a las otras tropas patriotas para unirse a ellas.

Supo que el capitán Páez, había tomado rumbo al llano, al dejar a un lado las tropas del general Urdaneta, las cuales se retiraban hacia Nueva Granada.

Los mandos patriotas desalojados de las ciudades merideñas, los obligaron a actuar por propia cuenta, bajo su responsabilidad tenía 20 combatientes y con ellos debía actuar a favor de la causa revolucionaria, así decidió conducirlos hacia los llanos, donde seguramente coincidirían con el capitán Páez, donde la lucha sería menos mortífera, pensaba el cabo Emeterio.

Se equivocaba. Después de recorrer un largo trecho en vía hacia el llano profundo, sin pasar por la capital provincial, denominada ciudad de Barinas, vio las necesidades de alimentación, vestido o pertrechos muy difíciles.

La provincia estaba en posesión de los realistas. Allí despacha el gobernador español Tiscar, enviado por Monteverde desde la capital de la Capitanía General de Venezuela.

Inmensas extensiones áridas unas otras enlagnadas se les presentaron en tanto avanzaba la pequeña fuerza, por esos inhóspitos terrenos.

La civilización como la conocen los andinos, poco a poco pero de seguido dio paso a ese inconmensurable territorio plano. Se camina bajo un sol muy caliente, sin cesar, ni siquiera al encontrar terrenos anegadizos.

El calor, la humedad del ambiente y la ausencia de brisa, poco permitían la evaporación del sudor. El sombrero, una gran defensa; Las ropas ligeras una grata protección, tanto del sol inclemente, como de los enjambres de zancudos, moscas y otros insectos.

Ante la presencia en una lejana mata, de una gran cantidad de caballos, se acercan lentamente y buscan enlazar varias bestias. Durante varios días, mejor semanas capturaron y domesticaron animales para llevarlas de refresco de sus cabalgaduras.

El alimento de muchos vegetales, llevado en sus talegos, se va cambiando por carne, procedente de animales de cacería al principio y luego de ganado vacuno salvaje, abundante en muchas regiones de estos llanos.

Al pasar los primeros meses, se sintieron aclimatados, aun cuando solitarios.

En consecuencia decidieron llegar hasta un hato.

Se acercan a uno, observan una casa amplia, con techos de palma y horcones, rodeada de algunos árboles frutales. A su lado se distingue un fogón cocina y a continuación un caney techado de palmas, con decenas de chinchorros colgados.

Omar Barrientos Vargas

Decenas de peones se acercan al fogón, seguramente es hora de comida. Algunas bestias pastan un poco más allá.

No notan, no hay presencia de tropas realistas. Esto les da seguridad y deciden hacer contacto con ellos.

La gente con resquemores los ve llegar. Preguntan por el amo y les dicen salió para Barinas y no sabemos cuándo regrese.

Pidieron algo de beber y les ofrecen agua y les invitan a comer carne que en varas asan.

Mientras comen conversan sobre su accionar republicano y la importancia de defender la patria. Los llaneros escuchan, solo escuchan, hasta cuando Francisco, un mulato corpulento, lleno de sol les pregunta si la libertad ofrecida por el tal Bolívar era tan solo para los blancos criollos o también para los indios y mestizos.

La respuesta de Emeterio, aun cuando positiva, fue poco convincente.

Confundido, pero satisfechos por la comida brindada, se despide y ordena a la tropa partir. Se alejan. En la cabalgata se destaca entre la polvareda solo el pabellón tricolor, llevado adelante.

A medida que avanzar hacia ninguna parte, en el pensamiento de Emeterio, la pregunta del peón le devana los sesos.

El vagar por la sabana a nadie satisface; así deciden acercarse a un caserío cercano a un río.

A lo lejos una polvareda atrae su atención, pueden ser una punta de ganado, conducida por llaneros o un ejército realista, tal vez en su búsqueda. ¿Quién sabe?, pero mejor es cerciorarse. Con tal fin envían a dos jinetes a indagar y tratar de identificarlos, mientras, los soldados republicanos se dirigen a una mata relativamente cerca.

Evitan el trote de las bestias, para levantar menos polvo. A punto de llegar a la mata, regresan los observadores a todo dar.

Si es una tropa monárquica tanto por las banderas exhibidas como por el uniforme de sus jefes y los han visto.

Entonces, Emeterio considerando la superioridad en gente y armamentos, incluida artillería -traen dos cañones-, ordena retirarse en sentido contrario y tratar de perderlos.

Se dispersan y deciden volverse a reunir en las montañas andinas

Las cabalgaduras al cabo de varias horas están exhaustas. A las orillas de un riachuelo se detienen. Han perdido a los realistas, pero también a la mayoría de compañeros, y sin ellos Emeterio y cinco combatientes se dirigen hacia los cerros merideños.

Luego de varios días de cabalgata arribaron a las montañas andinas, de dónde nunca debieron salir. Su pasada por el llano, de poco les valió, aparte de comer mucha carne, asolearse a más no poder y conseguir buenas bestias, algo lentas en las montañas nada más consiguieron.

Emeterio consideró, ya improbable encontrar al capitán Páez, a un ejército patriota, o tan siquiera una partida de combatientes republicanos. Regresar a sus Andes le parece lo más adecuado. Esas montañas han sido sus refugios naturales, en ellas han actuado y salido triunfantes. Se detiene para aguardar al resto de la gente, y después de esperar una semana, sin llegar nadie, toman rumbo a La Grita.

XVIII.- EN LA GRITA. ENCUENTRO CON SU FAMILIA.

Afortunadamente, en su excursión por los llanos, tan solo tuvieron enfrentamientos con la naturaleza. Si las fuerzas de la corona los hubiesen alcanzado, no estarían tan campantes. Los habrían arrollado fácilmente.

Cercanos a la ciudad de Mérida, Emeterio envía a un par de exploradores desarmados y nacidos allí, mientras él y sus otros compañeros acampan en las cercanías.

Al cabo de un día. Regresan los enviados. La ciudad está en manos realistas, la gente asustada no desea saber nada de los patriotas. Los exploradores como buenos merideños solicitan autorización para quedarse y llegar a casa de sus familiares, con la promesa de volver a incorporarse cuando regrese un ejército patriota. Concedida la petición parten. Los merideños a sus viviendas y Emeterio y los otros tres sanantonienses hacia La Grita.

Emeterio con emoción recuerda a su mujer y quiere llegar a conocer su hijo. Debe tener más de dos años, tiempo invertido en sus actividades de componente de las fuerzas republicanas.

Omar Barrientos Vargas

Deciden ir a la Grita sin llamar la atención. Se despojan de las armas, insignias y todo lo que les indique su pertenencia a un grupo armado.

La Grita, está desolada, parece toda envejecida, descuidada. La guerra le ha borrado parte de su brillo. En las montañas y sus haciendas, los matorrales compiten con los sembradíos. La producción de alimentos, la fabricación de panela, azúcar o miche se mantiene, pero en proporciones disminuidas.

Se dirigen entonces al Hato de doña Luisa. Emeterio en búsqueda de su Rosa e hijo amados.

Tal vez se trate de una niña y no un niño piensa, pero eso no importa, esperamos sea cual sea su sexo, esté bien, al igual que su madre.



En la hacienda, ve un peón, le saluda, descabalgua y le pregunta por doña Luisa. “Pa’ que será”, respondiéndole con otra interrogante. Franqueado

Omar Barrientos Vargas

con el peón, logra también, le den razón de su esposa y su “guino” llamado Emeterito.

Sin indagar otra cosa, se va al encuentro de su familia.

Un gran abrazo y muchos besos acompañan el encuentro. Un niño de casi tres años de edad es llamado por su madre para que conozca y pida la bendición a su padre.

La mirada miedosa y desconfiada hacia aquel extraño se transforma de inmediato en llanto.

El padre saca de su mochila un pedazo de papelón y se lo entrega al niño. Aún temeroso se acerca lo toma y comienza a comerlo.

Esa noche Emeterio la pasa con su familia, mientras sus otros compañeros reposan en sus hamacas colgadas un poco más allá.

Rosa le informa sobre su situación y cómo el trato inicial fue cambiando lentamente. Además le refiere el paso de diversos ejércitos patriotas y realistas, buscando y castigando a sus adversarios de la población; llevándose cada uno, a su tiempo no solo comestibles y bestias, sino también hombres para engrosar sus tropas.

También, Rosa le comenta y pregunta acerca del decir entre muchas y muchos de sus compañeros de trabajo de que los blancos criollo quieren independizarse de España, para ellos gobernar como quieran, pero ellos necesitan y desean es una libertad plena para todos, indios, esclavos y pardos.

Emeterio nuevamente le recuerda algunas de las palabras de Simón Bolívar en San Antonio, cuando se refería a la libertad para todos los nacidos en estas tierras, cuestión colocada en un decreto en Trujillo, por allá a mediados del año de 1813, donde condenaba a españoles y canarios y perdonaba a los nacidos en estas tierras así fueran culpables...

XIX.- PEÓN DE NUEVO. SALIDA INTEMPESTIVA DE LA GRITA

Doña Luisa, enterada del arribo de Emeterio y sus dos compañeros, le manda a llamar.

Emeterio, pensó en reclamarle en esa conversación los malos tratos y falta de consideración para con su mujer, cuando ella le ofreció protección y ayuda, resultando todo lo contrario; pero pensándolo mejor nada le dijo.

La conversa transcurrió muy normalmente, intercambiando información sobre el estado de la guerra y lo peligroso que era adoptar una posición franca al respecto. Ella saludó con buenos ojos y lo expresó con palabras, el buen sentido de Emeterio y sus compañeros de venir vestidos como campesinos normales, a pesar de los caballos.

De momento, doña Luisa, consciente de la falta de mano de obra, y pensando, así mismo en la perspectiva de utilizar los caballos como bestias de carga, le ofreció trabajo de peón en la hacienda, para él y sus compañeros.

Recomendándole andarse con cuidado en la política. No hacer comentarios y abstenerse de contar sus actuaciones en el ejército patriota.

Debían actuar como unos campesinos, andando en busca de trabajo, a quienes lo habían obtenido en su predio.

Emeterio le pareció buena la propuesta y al consultar con los otros acompañantes, estuvieron de acuerdo.

Por vez primera Emeterio supo cómo era la vida familiar, cuando se debe atenderla integralmente. También como disfrutarla. Su hijo, ya no le temía, por el contrario, siempre le seguía y su Rosa

Omar Barrientos Vargas

además de laborar con esmero en la casa principal, preparaba las comidas y atendía todas sus labores hogareñas, siempre buscando y logrando agradar a su marido.

La pobreza y el trabajo de sol a sol, con lluvia o sin ella, eran parte de lo aprendido y practicado desde niño. Qué era una pinta más para un tigre.

Cortaban caña y la acarreaban al trapiche, en unas ocasiones, en otras faenaban extrayendo su jugo y colaborando en la preparación del melao, para luego de batido convertirlo en panelas. Estos oficios les ocuparon los siguientes meses.

Comida, alojamiento y una exigua paga era todo lo percibido. Generalmente, un papelillo para canjearlo por algunos productos que aun expendían en la tienda del mismo hato.

Sus antiguos compañeros, con quienes había guerreado, eran nuevamente peones, añoraban saber de sus familiares y volver a San Antonio. Él también. Su esposa ya se lo había expresado en otras ocasiones. Todos se acordaban con nostalgia de sus familiares y su terruño.

Un ejército realista se acercaba a La Grita, doña Luisa preocupada, asustada; ella a pesar de haber sido patriota nunca fue tocada por las tropas de su

Majestad, el Rey de España y de estas tierras; pero a lo mejor alguien reconocía o peor, alguno de la zona la denunciaban por ocultar y darle trabajo a unos soldados patriotas. Mal lo podía pasar y hasta quizás no solo le quitarán su predio, sino también su vida.

Entonces llamó de urgencia a Emeterio y lo conminó a abandonar de inmediato la hacienda.

Todos tenían unas deudas en la tienda del hato, pero doña Luisa, a pesar de saberlo no hizo de eso problemas, y por el contrario, mandó a que les entregaran bastimentos para el camino y algunas monedas.

Emeterio, calladamente aceptó. Él había reflexionado en algunas ocasiones sobre esa posibilidad, por tanto, considerando inminente y muy real la amenaza, preparó a su familia e invitó a sus antiguos compañeros a marcharse juntos.

Preocupados, asustados, pero bien dispuestos, se lanzaron camino a San Cristóbal.

Pronto se dieron cuenta que no huían, pues nadie, aún, los perseguía, pero por si acaso debían poner una distancia prudencial de La Grita.

Omar Barrientos Vargas

Quien se iba a preocupar por perseguir a unos excombatientes republicanos, vueltos a sus tierras como los peones campesinos que eran y habían sido, pero lo mejor, de todos modos era prevenir, alejarse de ellos por si acaso.

La guerra se llevaba a cabo en el centro y el oriente de la capitania y un tal general José Tomás Boves, al mando de muchas tropas de llaneros, incendió pueblos enteros y acuchilló a los ocupantes blancos, aún a quienes no tenían partido en esta lucha. Durante todo el año 14, convertido en un azote había destrozado medio país; en diciembre llegó a su fin, cuando en una batalla en Úrica encontró la muerte de un lanzazo.



José Tomás Boves

Pero los realistas, dirigidos por Juan Manuel Cajigal Martínez, capitán general de Venezuela continuaron con las atrocidades y el esfuerzo realista de la guerra, sin dar paz, ni cuartel.

Esas informaciones llegaban de muchas formas a la región andina, zona relativamente tranquila, fundamentalmente agitada por el paso de diversos ejércitos desde Nueva Granada hacia o desde el norte y centro de Venezuela.

Siempre preocupados por la posibilidad muy cierta de ser perseguidos y alcanzados por tropas realistas, prefirieron enmontañarse a seguir los caminos usuales. Les llevaría más tiempo en su travesía, pero sería más seguro y la seguridad, ahora que marchaba con su familia debía garantizarla como fuera.

XX.- EN SAN ANTONIO. EMETERIO SE ENTERA DE L HOMICIDIO DE SU MADRE.

Al arribar a San Antonio del Táchira se sintieron más seguros, aun cuando tomaron sus precauciones y cada uno de los excombatientes se dirigió a sus viviendas.

Emeterio, al llegar al rancho de su madre, lo encontró ocupado por otra familia. Le informaron de habérselo otorgado el patrón hace algunos años, después de la muerte o mejor asesinato de su anterior pisataria.

Omar Barrientos Vargas

En ese momento Emeterio se enteró del homicidio de su progenitora. Indagó con diferentes vecinos cuándo, cómo, quién y por qué la habían matado.

Entre lágrimas se enteró, de haber sucedido, junto a otras muertes y prisiones de personas sospechosas de ser integrantes o colaboradores de los guerrilleros patriotas, quienes habían atacado a los españoles. Acaeció casi a la par de su huida del predio, por la misma partida realista que los buscaba.

Los muertos fueron enterrados en la misma hacienda, y cuando visitó la tumba de su madre, tan solo encontró una cruz como identificación.

Grandes fueron sus deseos de venganza, pero por la necesidad de mantener a su familia, logró ser contratado nuevamente como agricultor.

Construyó un rancho para alojar a su gente, y mientras esto se concretaba, vivió algún tiempo con su suegra, quien se sentía feliz de ver de nuevo su hija y a su nieto Emeterito.

Con los años pasado, ya muy pocos se acordaban de las incursiones realistas en esos campos tras la búsqueda de guerrilleros y partidarios de los republicanos.

Omar Barrientos Vargas

Ya no se sabía quién mandaba en la villa y su zona aledañas. A veces pasaban los republicanos y otras los realistas, y la gente, a pesar de tener en el fondo de su ser grandes simpatías por los patriotas siempre callaba y trataba de mantenerse al margen.

Cuándo los ejércitos surcaban esas tierras, independientemente del bando al cual pertenecieran, reclutaban a todos los aptos para la guerra; solicitaban ayuda en metálico, víveres, animales comestibles, bestias de carga, mulas y caballos o la tomaban por la fuerza.

Así cuando se esperaba la llegada de una tropa, los hacendados escondían buena parte de sus bienes, mudándolos a montañas intransitables.

De todos modos, por simpatizantes o espías los ejércitos detectaban algunos lugares secretos y los vaciaban.

XXI.- LA PATRIA ES PARA TODOS. BATALLA DE LAS CRUCES

En esta ocasión, ejércitos realistas y republicanos se acercaban. En la hacienda de don Marcos los pocos peones y esclavos que quedaban, fueron enviados a

los montes a ocultarse. Reclutaba a todo hombre joven o apto para la lid.

Las fuerzas realistas, comandadas por el general Miguel de La Torre, ordenadamente venían huyendo desde Cúcuta, la cual, el general patriota Carlos Soubllette al mando de su ejército había ocupado.

Enterado Emeterio del arribo del ejército realista, siendo perseguido por los patriotas, como veterano combatiente, decidió incorporarse e incorporar a varios de sus compañeros y otros peones de la hacienda.

Reunió a sus antiguos compañeros y alzando otros peones, esclavos y en general, gente en edad de pelear, organizó una partida para colaborar con las fuerzas patriotas, para acabar con las españolas.

Conformó un modesto destacamento de combatientes patriotas, armados con lanzas, machetes y cuchillos y grandes deseos de pelear y triunfar, quienes a su vez visitaron varias haciendas cercanas, invitando y sumando nuevos conscriptos.

Una pequeña cantidad de provisiones y algunos animales fueron donados por los hacendados y otros incautados.

Omar Barrientos Vargas

Su suegra y su mujer en estado de gravidez trataron de convencerlo de lo inconveniente de esa decisión, pues abandonaba nuevamente a su familia y a su hijo próximo a nacer.

- Tenemos el rancho, el güino Emeterito y otro a punto de nacer. A mí también me gusta tener Patria, pero no solo para los blancos. Le increpaba Rosa.

- Con Bolívar “El Libertador”, la patria es para todos como desde hace años lo dice. Acuérdense mijita y vos suegra, los realistas mataron a mi ma y combatiéndolos la quiero vengar, en tono alto Emeterio les respondió.

Al fin y al cabo, con un “qué le vamos hacer”, las mujeres le ayudaron a recoger lo poco que se iba a llevar y con un gran abrazo le dieron el adiós.

Él alzó su niño, lo apretó fuerte y lo besó. Montó en su caballo y en compañía de sus otros compañeros, todos con lanzas, machetes y facones tomaron el camino hacia la villa de San Antonio, en cuyas afueras acantonado se encontraba el ejército patriota.

Valorada su participación y veteranía en las fuerzas patriotas, Emeterio fue ascendido a sargento.

Omar Barrientos Vargas

En el parque de armas, les entregaron fusiles y pertrechos. Debidamente armado, el sargento Emeterio y el personal a su cargo, inició su rol, al mando de una tropa de treinta combatientes.

Informado, el general Soublotte de la llegada de nuevos y varios veteranos combatientes sanatonienses, que de tan buena voluntad se le sumaban a sus fuerzas, les dio la bienvenida y estuvo muy de acuerdo con el merecido ascenso de Emeterio a Sargento.

En San Antonio, La Torre apostó sus tropas en el cerro de Las Cruces, situándose en todos los sitios altos para llevar la ventaja en el combate que en poco tiempo visualizaba.

Contaba el general La Torre con los batallones Navarra, Tambo y Numancia, los cuales eran parte de la Quinta División del Ejército Expedicionario Realista, llegado a las Américas, enviado por la Corona Española al mando del general Pablo Morillo.

Con rapidez, pero asegurando bien sus líneas, La Torre situó sus tropas, en especial varios cañones en los altos del cerro de Las Cruces.

Los combates se iniciaron en la mañana del 23 de octubre de 1819.

El primer duelo fue a cañonazos tanto del sector realista como del patriota, para abrir espacio y dar chance al avance de la infantería.

Los sanantonineses, dirigidos por el sargento Emeterio avanzaron cerro arriba, hasta parapetarse detrás de unas piedras y poder resistir las andanadas de plomo que desde los altos les hacían, sin poder divisar a ciencia cierta su origen, el estruendo de los disparos y el humo procedente de las descargas eran un buen indicio desde donde salían, pero ambos ruido y humo, plenaba toda la montaña.

Al fin después de sufrir varias bajas, el sargento poniéndose en primera fila, machete en mano ordenó avanzar hacia un nido de fusileros. Todos le siguieron esgrimiendo armas blancas, lanzas, machetes y bayonetas caladas en sus fusiles. Tuvieron nuevas bajas, pero lograron llegar, acabar con los enemigos, siguieron escalando hacia otras posiciones.

La batalla continuó, todo el día, convirtiéndose en encarnizado combate. En un osado avance de infantería con lanzas y machetes tomaron varios cañones.

Caía la tarde y aun cuando lentamente tomaban el terreno y batían a los contendores continuaron,

Omar Barrientos Vargas

hasta cuando las amenazantes sombras de la noche, hicieron suspender el combate.

Recogidos algunos cadáveres, procedieron a enterrarlos, mientras mujeres y otros combatientes atendían a los heridos.

Varias reses al fuego se asaban, una ración de miche o aguardiente ayudaba en la espera y los soldados patriotas se aseaban y tomaban cantidades de agua.

Soublette y su estado mayor reunido, mientras comían algo, hacía sus planes para continuar la lucha el día siguiente, ya convencido a la luz de los resultados de ese primer y buen avance, de triunfar.

Más allá, en las adyacencias, los centinelas vigilaban y con muchas dificultades observaban un inusitado movimiento entre el enemigo.

Entretanto, el general La Torre, con una fuerza muy disminuida y previendo una derrota segura, ordenó en silencio, el retiro de sus tropas, aprovechando la oscuridad reinante en el cerro de Las Cruces.

Decenas de cadáveres quedaban; cargaban sus heridos y en apresurado, cauteloso y continuo

avance por la selva se retiraban las tropas realistas, buscando lugares más seguros.

En la madrugada fuertes voces, y gritos de victoria la acompañaron. Los patriotas, al momento de ocupar el territorio dejado por las fuerzas de la Corona en su huida de esa manera su regocijo expresaban.

Los soldados patriotas celebraban, mientras los jefes preparaban la persecución. Cosa que les pareció al final muy difícil por haberse retirado a través de las montañas y llevándoles varias horas de ventaja.

Luego de un frustrado intento de persecución, regresaron y decidieron permanecer en la zona a esperar nuevas instrucciones y dirigir partidas hacia Rubio, Capacho y San Cristóbal.

XXII.- ESCARAMUZA. NAVIDAD Y AÑO NUEVO 1820. PAZ FAMILIAR

Al cabo de varias semanas, el sargento Emeterio, al mando de su compañía fue enviado a combatir a grupos de realistas, quienes en partidas separadas asaltaban haciendas y aldeas, ejecutando a quienes consideraban patriotas o blancos, sin tomar muy en

Omar Barrientos Vargas

cuenta si fueren criollos o españoles. También reclutaban gente, buscaban bestias, bastimentos y cuanto pudiesen cargar.

Las instrucciones recibidas significaban combatir dichas partidas, detener o matarlos si fuera necesario y proteger los campos de Rubio y Capacho, al mismo tiempo de lograr nuevas incorporaciones en sus filas y aprovisionamientos de cualquier clase.

En las cercanías de Rubio, a paso lento van los jinetes de la caballería, seguidos a media legua de distancia por la infantería; siguen, indagan la ruta tomada por un grupo realista de unos doce integrantes, quienes días atrás cometieron tropelías en un caserío y asesinaron a varias personas, incluyendo dos niños.

El plan es sencillo, alcanzarlos y acabarlos a todos, sin tomar presos. Claro lo difícil es localizarlos. Lo demás parece sencillo.

Algunos cerros lucen quemados, pero en la mayoría, el monte, la naturaleza había invadidos los cultivos. Los cafetales se veían enmontados, como pidiendo los vengas a palear.

La guerra se ha llevado a muchos de sus pobladores, peones, campesinos, artesanos y

propietarios y también caballos y bestias de carga. El campesinado independientemente de su posición social ha disminuido grandemente, quedando en esencia mujeres, niños y algunos ancianos y ancianas.

En el sector Las Dantas, chocan con los asaltantes realistas, quienes en vez de combatir frontalmente, buscan escapar a toda carrera. Les dan alcance y con rapidez y sin tener bajas acaban con la partida.

Victoriosos, contentos llegan a San Antonio.

La villa se prepara para celebrar la navidad y año nuevo. A pesar de los problemas y la escasez se efectúa una feria, con venta de diversos artículos, un programa de actos teatrales alegóricos al nacimiento del niño Jesús, música y baile.

La plaza principal de San Antonio convertida en hervidero de damas y algunos galanes, sobre todo militares patriotas que las convidan al baile.

Sin mayores incidentes, con muchos borrachines, jumo de chicha, guarapo fuerte y miche transcurren las veladas.

Aprovechando un permiso especial, Emeterio se dirigió a su casa.

Omar Barrientos Vargas

Desde lejos los vecinos y sus familiares lo vieron venir, cuando montado en su bestia se acercaba; con muestras de afecto y respeto, le saludan.

Rosa con un bebe en brazos y otro niño mayorcito a su lado, con un gran beso y abrazo le dio la bienvenida.

Él se sentía muy contento con su nuevo hijo; habían pasado varios años del nacimiento del primero, pero nunca es tarde cuando la dicha llega. Así con grandes muestras de felicidad se reunió con su familia.

Emeterito, luego de inclinar la rodilla para pedirle la bendición, respondida de inmediato con un Dios me lo bendiga, fue abrazado y apurruñado por su padre, con una mano, mientras, con la otra sostenía al bebé.

Fueron varios días de tranquilidad y paz; la compañía de su Rosa y sus hijos le dieron nuevos bríos y deseos de permanecer en su compañía. Ayudó en todo lo que pudo. Realizó arreglos en los techos, agregando algunas palmas, paleó su pequeño conuco, recogió frutas y cazó un venado y varios conejos, pero estaba de permiso y debía retornar a su batallón.

Omar Barrientos Vargas

Despedido, nuevamente, por su esposa, hijos, demás familiares y vecinos, con la compañía de algunos, en especial de niños, que hasta el camino principal le siguieron, tomó rumbo a San Antonio.

Las ansias de tener nuevamente Patria y las responsabilidades asumidas como sargento de las tropas republicanas, sustituyeron las horas felices vividas en familia. Ahora, su familia era otra, los soldados bajo sus órdenes.

XXIII. – BOLÍVAR: LA LIBERTAD ES PARA TODOS

En el campamento patriota, le enviaron con el personal a su mando, a reforzar las fuerzas patriotas acantonadas en San Cristóbal.

Procedente de Angostura, en larga travesía a través del llano y la selva de San Camilo, “El Libertador” Simón Bolívar llegó el 6 de febrero de 1820 a San Cristóbal, desde donde ordena por escrito al comandante Guerra reclutar hombres, decomisar machetes, calabozos y hachas en los valles de Cúcuta, sin hacer excepción alguna.

En ese mismo mes en esclarecedora proclama, Bolívar informa, sobre el abandono de La Grita por parte de las tropas españolas que bajo el mando del mariscal de campo, don Miguel de la Torre, jefe

Omar Barrientos Vargas

supremo de ese ejército, quien asediado por las fuerzas patriotas, se retiró a Mérida, donde tenía su cuartel general. “Vuestro territorio ocupado por las armas del Rey, ya está recuperado”.

La Grita había sido tomada por los realistas en octubre del año anterior, 1819, y ahora a pocos meses se vieron obligados a salir de allí, quedando liberada esta ciudad.

“El libertador”, no descansa, prepara planes para continuar la lucha por la independencia de Venezuela, y con ese fin viaja a La Grita a reunirse con el general Rafael Urdaneta.

El sargento Emeterio es asignado al grupo de escoltas de Simón Bolívar, y en su nueva responsabilidad debe acompañarlo a donde vaya.

“El Libertador”, realizó varias visitas de inspección, de intercambio de pareceres, de órdenes, de arengas en diferentes regiones de la zona como Cúcuta, San Antonio, Capacho, Lobatera y La Grita.

Durante todos estos viajes, Emeterio como parte de su escolta, lo acompañó y con gran avidez lo escuchó, en sus encuentros casuales, cuando se le acercaba para darle órdenes o simplemente mantener unas conversas informales.

Omar Barrientos Vargas

Bolívar, siempre interesado en la vida de los hombres de sus tropas le preguntó por su familia y como se sentía y le iba en el ejército patriota.

Emeterio le respondió:

- Con mi mujer tengo dos hijos, viven en un ranchito en la hacienda de don Marcos Manchego en San Antonio, a donde voy de vez en cuando, a veces, al cabo de muchos meses.
- Vivimos con gran pobreza y la paga en este ejército solo es una promesa. Vivimos de la esperanza mi general, pero como buen patriota siempre estoy listo para lo que salga.
- Cuando ganemos la lucha independentista otro gallo cantará y no solo vuestras pagas se harán efectivas, sino también, todo mejorará.
- A pesar de la estrechez me siento contento en la lucha por la independencia, aun cuando con algunas dudas, sobre cuánto durará y si esta causa favorecerá a los pobres mestizos, indígenas y negros o solo beneficiará a los blancos criollos.
- Dudas no debes tener, la libertad de Colombia, de la cual Venezuela es un importante componente, al coronarse con

Omar Barrientos Vargas

el éxito, permitirá llevar la libertad hasta Caracas. En el supuesto negado de fracasar, se perdería, no solo Venezuela, sino también Cundinamarca.

En cuanto a la igualdad y libertad para los indios, los negros y los pardos, que tantas dudas devanaban los sesos de Emeterio, Simón Bolívar le respondió:

- La libertad es para todos. Ya en Angostura decreté la liberación de los esclavos y la igualdad de los americanos la proclamé en Trujillo en 1813.
- Hace unos días, desde Cúcuta, el 20 de mayo de este 1820, restablecí los derechos de los indígenas, para fomentar su progreso económico y educación.

Satisfecho con estas palabras y respuestas dadas por su general, Emeterio se sintió.

Ahora, cada vez, más comprometido con la causa republicana, transmitió su optimismo y consideraciones a sus subalternos, en especial, ante la presencia de dificultades, cosa muy frecuente.

Desde su cuartel general, en San Cristóbal, Bolívar lanzó una encendida proclama, el 19 de abril de 1820; en la conmemoración de los diez años del movimiento venezolano separatista de España:

Omar Barrientos Vargas

- ¡Diez años de libertad se solemnizan este día! ¡Diez años consagrados a los combates, a los sacrificios heroicos, a una muerte gloriosa! Pero diez años que han liberado del oprobio, del infortunio, de las cadenas, la mitad del universo.
- ¡Soldados! El género humano gemía por la ruina de su más bella porción: era esclava y ya es libre. El mundo desconocía al pueblo americano.
- Vosotros lo habéis sacado del silencio, del olvido, de la muerte, de la nada. Cuando antes era el ludibrio de los tiranos, lo habéis hecho admirar por vuestras virtudes; lo habéis hecho respetar por vuestras hazañas y lo habéis consagrado a la inmortalidad por vuestra gloria.
- ¡Soldados! El diez y nueve de abril nació Colombia: desde entonces contáis diez años de vida.

Pero la realidad de la guerra iba más allá de los discursos y proclamas. Significaba muchas cosas para los jefes y “El Libertador” era el jefe máximo de las fuerzas patriotas y de la revolución de independencia, y dedicaba su tiempo a la planificación y organización de la lucha.

Omar Barrientos Vargas

Los recursos de armas, pertrechos, cabalgaduras, dinero, ganado, alimentos escaseaban; actividades a las cuales dedicaba su atención, al mismo tiempo que las tácticas y estrategias.

Emeterio lo observaba, siempre ocupado, optimista, haciendo planes, dispuesto a ayudar, aconsejar e impartir órdenes.



Por correspondencia y a través de mensajeros hacía consultas, peticiones o impartía mandatos. Sus numerosas cartas se dirigían a disimiles puntos, como Bogotá, Cúcuta, los llanos, Angostura o Cumaná. A veces dictaba varias, al mismo tiempo, a diferentes destinatarios. Era todo un jefe y así se comportaba.

El 7 de julio, estando en la villa del Rosario, “El Libertador” recibe la visita del coronel español Antonio Herrera, enviado por el jefe supremo de las

fuerzas realistas general Pablo Morillo a fin de iniciar conversaciones de paz.

Durante varias horas conversaron sobre la guerra, su larga duración y la necesidad de obtener algún acuerdo para ponerle final.

Los diálogos fueron fluidos, pero sin llegar a arreglo alguno; tan solo volver a conversar. Terminada la entrevista, el delegado español y su comitiva se retiraron.

El general Morillo había recibido instrucciones de la Corona española para intentar la paz, luego de producirse en esa nación, un movimiento dirigido por el general Rafael de Riego y Núñez para disminuir el poder absoluto del Rey Fernando VII y aplicar medidas constitucionales.

En conocimiento de los movimientos ocurridos en el reino español, los patriotas en primera instancia se contentaron, pues, decenas de miles de soldados expedicionarios a punto de embarcar hacia América, se habían alzado y quedado en ese país. Las reformas constitucionales implementadas en España deberían ser usadas a favor de la causa republicana y la revolución americana. Así Bolívar y otros jefes lo intuyeron y debatieron.

Omar Barrientos Vargas

Pasado más un mes, los días 20 y 21 de julio, en San Cristóbal una delegación patriota designada por Bolívar, antes de marchar hacia la costa caribeña de la hoy Colombia e integrada por los generales Rafael Urdaneta y Pedro Briceño Méndez, se reunió con los enviados del capitán general Pablo Morillo. Los comisionados realistas José María Herrera y Francisco González de Linares, en amplias a veces acaloradas discusiones, pero llenas de cordialidad, conversaron sobre la posibilidad de un armisticio y acordar la paz.

Las conversaciones fueron suspendidas para hacer consultas y continuar las negociaciones, en otro encuentro en Santa Ana de Trujillo.

Bolívar nuevamente en la zona, el 18 de septiembre, marcha de Cúcuta a Trujillo, pasando por San Antonio, San Cristóbal, La Grita, Mérida y otros pueblos, hasta arribar a esa ciudad el 21 de noviembre.

Días después, el 25 sus delegados Antonio José de Sucre, José Gabriel Pérez y Pedro Briceño Méndez en cordial reunión con los enviados españoles Ramón Correa, Juan Rodríguez del Toro y Francisco Linares pactan un armisticio de paz y la humanización de la guerra.

Omar Barrientos Vargas

Acuerdos sellados, dos días después, con el encuentro entre Simón Bolívar, presidente de Colombia y el capitán general de los ejércitos expedicionarios en América, conde de Cartagena y marqués de La Puerta, Pablo Morillo, en Santa Ana de Trujillo.



XXIV.- LIMPIEZA DE DELINCUENTES. AMOR A PRIMERA VISTA. MUERTE CASUAL

En el periplo iniciado por Simón Bolívar hacia Trujillo, el sargento Emeterio no lo pudo escoltar, pues en esos días lo comisionaron al mando de una tropa a patrullar y limpiar la zona de cuadrillas de salteadores en los campos de Capacho.

Al mando de 10 hombres armados con fusiles y machetes, se dirigió a cumplir con su deber a esta región, la cual conocía por haberlas transitado en múltiples oportunidades.

A la vera del camino, en un ventorrillo, mientras tomaban totumadas de guarapo fuerte, fueron informados por el tendero de la existencia de dos grupos de asaltantes de las haciendas de la región; quienes habían matado seis personas, robado ganado y todo lo pudieron cargar.

Cometidos los delitos, los asaltantes se ocultaban en las selváticas montañas, por donde ya nadie se atrevía a transitar.

En Capacho, el alcalde les detalló las tropelías cometidas, identificando al jefe de los grupos, como un capitán del ejército realista, dedicado a robar. En total, el alcalde, calculaba serían unos 15,

armados con machetes, cuchillos y un par de armas de fuego.

El sargento Emeterio al mando de su tropa tuvo un encuentro con los dos grupos de bandidos, previamente fusionados. Le hicieron resistencia y trataron de emboscarlo, pero, gracias a la astucia y capacidad militar, con facilidad fueron vencidos.

Muertos la mayoría de los delincuentes, detuvieron heridos a dos de ellos. Luego de vendados los conducían hacia Capacho para ser juzgados y condenados a la pena capital.

- Al verla, no más, mi corazón se aceleró, solo pienso en usted, con voz melosa le decía el sargento Emeterio a doña Flor, en la casa de la hacienda, cuando tomaba, sentado en un taburete, un humeante café.

Ella con tierna expresión, a pesar del timbre agudo de su voz, le respondía:

- Apenas me conoces y ya estás prendado o será otra cosa lo que deseas, tanto como yo...

Una mirada lujuriosa substituyó la conversación, para luego alzarla en brazos y llevarla a la habitación.

Omar Barrientos Vargas

Algunos besos y caricias dieron paso a un ejercicio erótico más atrevido. Sin desnudarse y tan solo con el vestido levantado él se bajó un poco los calzones, la penetró.

Todo fue una fuerza telúrica de lujuria contenida que en rápidos y vertiginosos movimientos se convirtió, para implosionar a continuación.

Terminada la faena y con una mirada cómplice, Emeterio dijo adiós, ya volveré y salió de la habitación y de la casa para montar en su bestia y dirigirse junto con su gente a Capacho a entregar los prisioneros.

Todo había sucedido sin reflexión o pensamiento anterior. Buscando apoyo había conducido su tropa y los dos prisioneros hasta la hacienda, donde le brindaron agua de panela y yuca cocida para todo su personal, siendo la vieja Eufrasia, quien los condujo al patio donde en otros tiempos comía la peonada.

Allí todos estaban, hasta cuando la dueña del predio se acercó, luego de preguntar por el jefe de la comisión.

Saludado y con una grácil sonrisa, la doña invitó a Emeterio a pasar a la casa principal, donde le sirvieron una comida mucho mejor y entre una

conversa fluida y cumplidos, platicaron algún tiempo.

Doña Flor era la esposa de un capitán patriota, dueño de la hacienda, quien en el año 13, junto con sus peones y esclavos había salido con las tropas libertadoras hacia Caracas, pero nunca había regresado, ni ninguno de sus acompañantes; tampoco tenido noticias acerca de si estaba vivo o qué le habría pasado. Ausencia atormentadora por mucho tiempo, pero como todo en la vida pasa, ya lo sentía como un terrible hecho pasado.

Al principio la esperanza por el regreso llenó su existencia, más luego de varios años y con los descalabros de la guerra sus añoranzas se convirtieron en triste pasado.

Cercana a cumplir los treinta años de edad, había vivido siete de soledad, solo para sus tres hijos y la hacienda, pero ya no había tranqueros ni paredones que le mantuvieran aisladas.

En plenitud de su madurez estaba y se sentía, había estado solitaria por mucho tiempo, tal vez demasiado. Su juventud la veía mermar, estaba casi extinta; ahora debía recuperar, vivir, avanzar y este sargentico había llegado a su existencia sin proponérselo él, ni ella, pero le había avivado su fuego.

Omar Barrientos Vargas

Seguramente no lo sentiría, ni lo vería otra vez, pero la abstinencia se la había arrancado, todo aconteció como por encanto y eso era positivo muy fuerte y siempre se lo agradecería. De aquí en adelante, no podría parar.

Por su parte Emeterio por momentos olvidado de sus deberes militares y de su familia, ya no encontraba en que pensar, pero estaba consciente de lo pasajero de su relación, y a pesar de haber prometido regresar, cuestión añorada, deseada, pronto sería exterminada por una nueva acción o traslado militar; además volvería a su Rosa y sus hijos, el ambiente familiar pesaba mucho, pero lo llamaba y por supuesto le gustaba.

XXV.- PERNOCTA FATAL

Entregados los prisioneros en Capacho, las autoridades dándoles las gracias el esfuerzo realizado en la misión, no solo les reconocieron y les premiaron dándoles dos días francos.

Los combatientes pensaron en sus respectivas familias, pero decidieron quedarse en el poblado, no así Emeterio, quien vio la oportunidad en hacer un viaje relámpago a visitar a su familia; muy de madrugada tomó su mula y el camino hacia San

Omar Barrientos Vargas

Antonio, la lluvia lo acompañaba y le empapaba a pesar de su sombrero y ruana, pero decidido prosiguió.

Una visibilidad casi nula por largos trechos le obligó a dejarse conducir por el instinto de la mula por el camino, la cual se detuvo al frente del cauce de una quebrada cuyo caudal y ruido él escuchaba desde hacía rato.

Trató de ver su trayectoria y calcular la masa de agua y notando algunas piedras decidió atravesar por allí; fustigo la bestia hasta que se abalanzó al torrente.

Impetuosa el agua arrastró bestia y jinete. Emeterio cayó. Dando brazadas buscó alcanzar nuevamente la orilla. La corriente en un largo trecho lo arrastró hasta una hondonada, donde el agua se arremolinaba. Allí se hundió.

Cuando lluvia y nubes desaparecieron para dar paso a un sol brillante, un cadáver fue depositado en uno de las márgenes de la quebrada.

Aves carroñeras se disputaron los restos con varias bestias salvajes que se acercaron a alimentarse.

Entre tanto, luego de pasar varios días en el ejército patriota, sin poderse explicar su ausencia,

Omar Barrientos Vargas

decidieron investigar y una comisión prontamente visitó su familia, inspeccionó su rancho e interrogó los vecinos, sin encontrar indicio alguno de su paradero.

De regreso consiguieron la bastia pastando